3 1761 07044702 4

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/cantosdelaprisi00blan

819

# CANTOS DE LA PRISIÓN

Y

# DEL DESTIERRO

## *OBRAS DEL AUTOR*

### VERSO

PATRIA... (Caracas. Imprenta Colón, 1895.)
TROVADORES y TROVAS... (Caracas. Herrera Irigoyen, 1899.)
PEQUEÑA ÓPERA LÍRICA... (Madrid, 1904.)

### PROSA

CUENTOS DE POETA. (Maracaibo. Imprenta Americana, 1900.)
MÁS ALLÁ DE LOS HORIZONTES. (Madrid, 1903.)
CUENTOS AMERICANOS. (Madrid 1904).
EL HOMBRE DE HIERRO. (Caracas. Tipografía Americana, 1907.)
LETRAS y LETRADOS DE HISPANO-AMÉRICA. (París. Ollendorff, 1908.)

### EN FRANCÉS

CONTES AMÉRICAINS. (Paris. Richard, 1903.)
AU-DELA DES HORIZONS — POEMES. (Paris. Vanier 1908.)

---

De la presente obra se han tirado cinco ejemplares en papel del Japón.
N.os 1 á 5

---

ES PROPIEDAD. — DERECHOS RESERVADOS.

R. BLANCO-FOMBONA

# CANTOS DE LA PRISIÓN

Y

# DEL DESTIERRO

*Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas*

LIBRERÍA PAUL OLLENDORFF

50, CHAUSSÉE D'ANTIN, 50

PARÍS

PQ
8549
B5C3

LIBRARY
719159
UNIVERSITY OF TORONTO

*A los ocho intelectuales que arrostraron las iras de la Bestia triunfante y en altivo documento pidieron mi libertad á Gómez Iscariote:*

*A Andrés de la Rosa, Domingo Martínez, Leopoldo Girón, Luis Yépez, Luis Correa Emiliano Hernández, J. Silva Díaz y J. M. Butrón Olivares,—*

*Dedico este libro, de donde surgen los dolores que ellos quisieron evitarme; este libro que será un baldón para Venezuela mientras conserve en el cuello la pata montaraz de la Bestia que la mancilla, mientras no lave su afrenta en la impura sangre del monstruo.*

R. BLANCO-FOMBONA.

# INTRODUCCIÓN

## I

No creí poder, en muchos años, publicar otro volumen de versos. No por desamor á los versos, que este puro amor del canto, regalo de hada buena, es oasis de mi inclemente ruta, racha de música en medio de la noche, cauce por donde fluyen pasiones buenas y malas, y, sobre la nieve de los páramos, rayo de sol. Leerlos es para mí regalo; escribirlos, liberación. Pero no creí poder, en muchos años, publicar otro volumen de versos, porque la poesía, mujer al fin, es exigente; reclama espíritu que esté ardiendo ante el ara, como la lámpara del Santísimo, constantemente, y riñe con aquellos á quienes la vida demanda otra suerte de energías, y aun suertes de energía antagónicas entre sí, ó que, cuando menos, dividen el ser en varios seres cada uno de los cuales, por un momento siquiera, absorbe al otro, y hasta lo nulifica. Eso me ha pasado. He sido como la tierra labrantía donde sembraron cañas de azúcar primero, hortalizas más tarde, y maíz luego, ó árboles de fruta ó café.

Tengo la culpa, en parte, por el anhelo de beber en todas las fuentes, subir á todas las cumbres, ceñir todos los lauros; sin el amor de la casilla, de la limitación chocante pero fructífera. Y

es en parte la culpa de nuestro país, ó de su modalidad presente de civilización, según la cual todos los hombres deben servir para todo. Los espíritus poderosos impónense con igual señorío en varios órdenes de actividad humana. Llenan los cuatro puntos cardinales del horizonte con sus alas. Son paradigma del máximum de capacidad mental y física exigible ó esperable del hombre. Pero los mediocres fracasamos allí donde los excepcionales triunfan. Y los mediocres somos la incontable mayoría. En la encrucijada de avenidas por donde cruzan, á su amor, las botas de siete leguas, esteran el suelo cadáveres de liliputienses.

Cuento, novela, sensaciones de viaje, vida errátil, enamorada y en desorden no riñen con los versos. Mientras me circunscribí á estos quehaceres y pasatiempos, engañando la espera de Aquélla que siempre ha de venir, compuse y publiqué versos. Pero inmiscuído más directamente en la espeluznante democracia criolla, resuelto á ser no sólo uno de los que opinan, sino uno de los que imponen sus opiniones, la atención fué urgida á parar é inferir golpes en la arena. Y mal puede una atención vigilante pagarse el lujo de una contemplación ni el vagueo de una mañana lírica para robar un beso y acariciar el caliente y joven seno á las Piérides. Además, cuando hubo tiempo no fué para cantar sino para cubrirme ojos y manos con el vetusto polvo de bibliotecas y de archivos, en la empresa de asomarme al pasado, ver á los héroes patrios del tamaño que son, asistir á las noches en que nuestros patricios, las sienes en las manos, á la luz de mezquina lámpara, pensaban en nosotros, y á aquella aurora de tormenta racial cuando nació, hija del Vigor y la Libertad, la América boliviana.

Un día caí preso, que las opiniones se pagan entre bárbaros al precio de la libertad y aun de la vida. Preferí lamer ladrillos

de mazmorra á patas de tiranuelo bestial. Y en el ocio compuse versos. He vuelto á ser poeta. El odio me ha hecho cantar. De la cárcel, primero, unos, y del exilio después, los restantes, surgen estos poemas. Por eso los titulo: *Cantos de la prisión y del destierro.*

## II

Un día el caballo de Calígula, puesto en el trono por la demencia de César, en rasgo de desdén hacia los hombres, le disparó un par de coces al amo, que cayó boca arriba. Desde entonces imperó el caballo de Calígula, y no se oyó voz humana sino el relincho de la bestia triunfante. Los antiguos proxenetas del César rodearon el trono del cuadrúpedo sobre cuyo lomo habían antes chasqueado la fusta. El olor del estiércol llenaba el palacio de Judas Equino, y la República se convirtió en los establos de Augias. Pero Hércules había muerto. Su clava era ponderosa en demasía para las manos cubiertas de sortijas de los andróginos, ó para las manos sin vigor de los eunucos; la piel de tigre, rubia y mosqueada, abrigo rudo para las carnes papandujas de genízaros hermafroditas, como aquel cobardón y grasiento de Francisco Linares Alcántara, á quien apodan *Alcantarita*, que tiene alma, formas, veleidades y vicios de mujer. (*)

Todos desearon congraciarse con la Bestia. Imaginando qué

*Alcantarita, ó sea Judas junior, no ha sido fiel en su corta y perversa vida más que á su nombre. Alcántara significa, en árabe, puente. Por eso, fiel á su nombre, permite Alcántara que todos le pasen por encima. Es, de veras, un hombre público. Gómez lo ha calado. Estaba, además, por sus rufianerías, calificado para Ministro de lo Interior.

ofrendas venusinas serían gratas á Judas, como antes aceptas á César, los antiguos rufianes fueron más allá de todas las complacencias imaginables. Pero la Bestia rechazaba semejantes tributos. Judas Equino no era un voluptuoso. El jifero de antaño, el mozo de cuerda, el pesador de carne comparecía en el Presidente. No quería amor sino dinero. Los mercaderes de hermosura, que tanto medraban en tiempos más propicios á Venus, cerraron sus bazares de Oriente, deshechos de su blanca, rosada ó morena mercancía. Judas Equino carecía de acidalias flaquezas. No era un Lovelace sino un Harpagón. Su sed de oro fué dipsomanía. Los proxenetas se trocaron en corredores. Mercurio tuvo altares. Los alcahuetes asociáronse al antiguo matarife; y el primitivo expendio de carne de Juan Vicente Gómez se convirtió en la Casa mercantil de Judas y compañía. Solo que aquella alhóndiga ó almudena era la República. Y en la casa de Gómez Iscariote, Judas junior y compañía, practicará la avaricia los negocios más cínicos, las compras y ventas más tenebrosas, los bursatilismos más bizcos; en aquella subasta ó almoneda todo se venderá, hasta el honor de la tierra, porque Gómez, sus acólitos, sus lazarillos, toda su corte de antiguos proxenetas de Castro, no reconocen ni admiten óbice en el propósito de atesorar, á toda carrera, en la incertidumbre del mañana, extrañados de su permanencia en el Capitolio y temiendo á cada noche amanecer con el lazo corredizo de la justicia popular al cuello. Semejante Gobierno, surgido no del sufragio popular sino de vil traición, carece de programa, carece de ideales, carece de partidarios, carece de crédito, carece de todo; y se ha convertido en campamento de gitanos, en aduar de las kábilas del Riff, en correría de bandoleros del Yemen, las manos depredadoras, la espingarda en punte-

ría, el caballo con jaez, prontos á desvalijar, prontos á sacrificar, prontos á correr. Por eso la virtud es un crimen, el silencio tesoro de eunucos, el aplauso granjería de serviles, y la voz del patriotismo se apaga en las mazmorras, y la pluma se quiebra en la mano de la altivez, y la hombría de bien que no muere en las prisiones agoniza en el destierro.

Sobre de una avaricia épica es el Tártaro jesuíta instintivo, hipócrita sin parangón. Tartufo es el nombre de este Iscariote. No quiso lágrimas ruidosas de doncellitas violadas, sino de esposas, madres y novias de virtud, á cuyos maridos, hijos y novios hiriera, recatado en la sombra, por trascorrales.

Por eso persiguió á hombres de honor, sus adversarios.

Y aquel bárbaro que pudo alcanzar cuanto quiso, quiso una cosa que no pudo alcanzar : quiso no tener miedo. Juan Vicente Judas ó Gómez Iscariote tiembla al anochecer, ve puñales detrás de cada puerta, bombas de dinamita bajo la cama, polvos de estricnina en el salero y nudos corredizos en las más fieles manos. No come, no duerme, no vive sino en temblor agónico descubriendo conspiraciones imaginarias. Dos de estas conspiraciones productivas las han fraguado su Ministro del Interior y su Gobernador de Caracas para tenerlo en un puño, los cabellos erizados, muerto de miedo, pendiente y dependiente de ellos dos.

Judas, presa del pánico, persiguió á los hombres de acción.

De perseguido, por un proceso que conocen los alienistas, se ha cambiado el Beduino en persecutor. Su paranoia lo condujo á ensañarse con cuantos no lo seguían, los ojos bajos, ni le hablaban sin temblor en la voz, ni escribían sino la verdad.

La dignidad, la varonía y el pensamiento fueron perseguidos. Yo caí preso.

## III

De la incapacidad mental de Judas Equino, y de la circunstancia de que el último que habla con él le hace mudar de opinión, deducen muchos que es irresponsable, por cuanto no representa sino la Bestia coronada, el idiotismo en el Capitolio.

Esto no es verdad sino á medias, porque Juan Vicente Gómez no es el cretino que se babea y obedece cuanto le ordenan, sino el pícaro que simula sumisión para acometer á mano salva.

Pero en rigor de justicia no es Gómez exclusivo culpable. Repártase la ignominia con equidad, á como toque, entre el capitán de la banda y la muchedumbre de perversos que lo zuza y asesora. Cúlpese, en primer término, á los fraguadores de conjuras y á los delatores de que se valen.

Entre estos delatores me toca á mí desenmascarar á dos : Rafael Mata y Andrés A. Mata.

El tártaro enseñó á mi hermano, el General Oscar Blanco-Fombona, aunque no le permitió leerlo, un documento firmado por Rafael y por Andrés Mata donde ambos me acusaban bajo su firma — bajo firma á exigencia de Gómez — de algo muy grave que yo no había hecho y que iba á purgar, no obstante, con cárcel y destierro. ¿Cuál era este crimen cometido por mí, este crimen atroz que tan caro expío? Algún día, quizás, lo sabré.

Entretanto, no me queda sino afrontar con entereza un destino adverso y devorar en silencio y dignamente este dolor inmerecido.

Cuanto á los delatores, delatados á su vez por Juan Vicente

Judas, que esclarezcan el asunto, que se sinceren. Les va en ello, no ya el honor, de que carecen ambos, ni la estimación social, de que no gozaran nunca, sino la tranquilidad en lo futuro.

— ¿Pero quiénes son tales reptiles? — se preguntará.

Á esa curiosidad, muy justa, voy á responder.

Rafael Mata es un mulatico barrigón, de greña enrevesada y bemba túmida, antiguo sirviente de oficina telegráfica, después telegrafista, que llegado á Caracas resuelto á todo resolvió casarse con una . . . . . manceba . . . . . encantos marchitos. . . . . dinero . . . . muladar . . . . . .

Después, el viento de la fortuna le ha soplado al bribón. Protegido del señor Valarino, jefe del telégrafo en tiempo de Castro, lucró de lo lindo introduciendo contrabandos entre los útiles del ramo que se pedían al extranjero constantemente, y que libres de impuestos y verificaciones de Aduanas, llegaban á manos de aquel sollastre á quien se cometía en la Oficina Central desembalaje, almacenaje y distribución. Apenas cayó Castro, pagó un periódico para que lo injuriasen. En cuanto á su conducta para con su protector Valarino, baste saber que Valarino murió aborreciéndolo y dándole de ingrato, y que los hijos de Valarino no lo pueden ver ni en pintura.

La historia es breve; pero edificante.

La de Andrés es más larga. Éste es aquel poetilla cuyo nombre figura al pie de versos imitados de Núñez de Arce y Díaz Mirón· pero que se parecen á los de estos maestros cantores como los lagartijos se parecen á los caimanes. Son los de Mata versos de

repartición de premios, vacíos y palabreros; magníficos para periódicos rurales, donde tienen gran éxito; poesía de turbamulta; oratoria de borracho pueblero el día de elecciones. Sino que Mata asume en verso actitudes de virilidad y de altivez cuando en la vida es el más abyecto de los esclavos y el más capón de los eunucos. Yo he escupido su negra cara; le he abofeteado con mis manos; le he zarandeado hasta barrer el suelo con su adulona boca, en plena plaza Bolívar de Caracas, á las cinco de la tarde, en presencia de todo el mundo. Al día siguiente recibí una carta suya, que conservo, una epístola de quejumbre. Se lamentaba de que yo hubiese estado la víspera « un poco violento », y, jurándome respeto y afección, suplicaba mi amistad.

Caracas entero sabe estas cosas y sabe cómo yo los trato allá á él y á sus similares, que no me escuchan sino pálidos y trémulos, y no me dirigen la palabra sino para lisonjearme, ni escriben mi nombre sino para coronarlo de flores y ponerlo sobre los cuernos de la luna.

Este Andrés Mata, parido en lecho afrentoso, ha tenido la ignominia desde la cuna por compañera. Unido en matrimonio con mujer blanca y bonita, que por despecho casó con él, su hogar fué posada de la juventud, en donde si no buena mesa encontrábase prevenida siempre buena cama. Todos pasamos por allí, todos. Y todos contribuimos á darle un heredero al emasculado. Sino que pronto la posada cobró crédito. Se internacionalizó. Vino á parar en prostítulo de Cosmópolis. De Santo Domingo llegó Fabio Fiallo; de Italia, Bartilozzi; de España el torero Faico. Un día Mata encontró á su mujer en los brazos de Fabio Fiallo. Se puso furioso; pidió el almuerzo á gritos. Otro día tocó á la casa de Andrés Mata un hombre afeitado,

á quien Mata conocía muy bien. El alcarrán de marido salió á abrir.

— ¿Qué desea el señor? — preguntó.

Y el que llegaba, repuso :

— Vengo por María Teresa.

— ¿Que está usted diciendo? ¿Quién es usted?

— Estoy diciendo que vengo por María Teresa y soy el espada Faico.

Mata creyó, de seguro, que aquel bárbaro, hecho á habérselas con toros, no respetaría grandor de cuernos maritales, así fuesen enramados como los de Acteón.

Y se quedó perplejo.

De su perplejidad lo sacó María Teresa, la esposa del cornudo, disponiéndose á partir.

— ¿Te vas, María Teresa? — lloriqueó Andres Mata; — ¿te vas? ¿Me abandonas? ¿No me quieres?

— Ni te quiero, ni te quise nunca; sino que te desprecio porque te conozco. Yo no nací para tí. Me voy con ese hombre, á quien amo, y que es un hombre de veras.

El torero cortó brutalmente el diálogo :

— Anda pronto, María Teresa. Á éste déjalo quieto. Él se conformará. Vamos, sal.

Y María Teresa, obediente, calló y salió.

Así abandonó su esposa á Andrés Cornelio Mata.

Después, ¿qué hizo el minotauro sino cantar sus cuernos, llamarla traidora en malos versos y explotar la compasión que inspira á los incautos? Su desgracia ha sido su negocio. Si de alguno entre nosotros puede decirse que ha vivido de su cabeza, es de Andrés Mata.

Esto cuanto á su valer como ente social. Por lo que respecta á la política, en cuyos obscuros fondos medra, se le tiene por lo que vale : por un mediocre y barato gacetillero de alquiler. No se codea con los personajes que adula, como no alterna el *valet* con el señor á quien sirve : Andueza no lo conocía; Crespo jamás lo recibió; Andrade no dejaba mancillar los umbrales de su honorable hogar por el pedigüeño cambujo; á Castro no lo vió nunca sino de lejos; á Gómez quizás le estrechó la mano por la primera vez cuando ocurrió á delatarme. Su puesto, como su origen, es penumbroso; sus ambiciones se reducen á recibir órdenes y mendrugos. ¡Qué abnegación la de esta alma de siervo! ¡Pasar la vida de hinojos, limpiando con la lengua las ajenas orduras, y no haber sido ni siquiera Diputado y no disponer de cien pesos! Pero el servilismo de este turiferario es una vocación. Anda por esas calles con la sonrisa en los labios y el agasajo presto buscando á quien adular, no por espíritu bondadoso, no, sino para hacerse tolerar, en muda y cobarde súplica de que no lo aplasten con el pie. Cuando puede causar daño, tras el seguro del anónimo, ó prevalido de un protector ó á distancia, nadie con más veneno, nadie de maldad más gélida; pero aun entonces solicita su alma disciplinada la aprobación de los superiores y su espíritu mercenario calcula el beneficio. Si se aíra contra el mandarín es cuando cesa el mandarinato. Si embiste contra el incensado de ayer, es cuando el incensado de la víspera cae de la cumbre. Sus cóleras las reserva para los vencidos; sus insultos para los presos; sus ironías para los desterrados. Todo, por supuesto, de orden superior, porque en esta alma tan vil ni el amor ni el odio son sinceros.

¡Qué destino tan triste el suyo! Perro que ladra al que no

reconoce por de la servidumbre, caballo de alquiler que arrastra el carro de la basura, cóprida cucaracha que demora y se place en pestilente letrina, eso es y no más aquel infeliz. Solo en la existencia, sin amor, sin amistad, sin estimación; royendo amarguras; agriado por el fracaso de su vida en letras, en política, en sociedad, en todo, sin más consuelo que escarbar con los cuernos su abandonado lecho de cónyuge, el corazón de Cornelio Mata se ha convertido en tenebrosa alcantarilla, donde cualquier sentimiento noble perecería asfixiado por los pútridos miasmas que de aquel albañal se exhalan.

Sus tijeras buscan por movimiento natural alas ajenas : nadie debe volar sino arrastrarse; su risa hiela, como ducha glacial, los más férvidos entusiasmos : nadie debe sentir amor, odio, sino pasiones reflejas y pagadas. Él opina del sacrificio de Ricaurte en San Mateo : « invención de Bolívar »; de la admiración de Byron por el Libertador : « las cartas son apócrifas »; de la virtud femenina : « á otro perro con ese hueso »; de la honradez política : « se quiere vender caro ».

Tales son Rafael y Andrés Cornelio Mata, mis delatores.

## IV

La casita donde habito en Caracas demora casi al pie del Ávila. Á su frente se yergue, tras de una tapia descascarada, una linda acacia que asombra acera y arroyo y cubre la calle, por julio, de corolas carmesíes; al fondo tiene un vasto jardín; en

sus balcones se engarzan brazos floridos de trinitaria, y no lejos, hacia el sur, corrido de su presente inopia, deslízase furtivo, bajo un puente, el Catuche.

Sus balconcetes dan al Oriente. La primera visita es la visita de la aurora. Y con la aurora llegan, insinuándose, los efluvios de rosas, malabares, violetas, heliotropos y nardos del lindante vergel. Se escuchan, fuera, las cornetas de un cuartel cercano; dentro el alborozo de los canarios que saludan el sol, y los pisares claudicantes de la vieja Petra que escalera arriba adelanta á disponer el desayuno.

Me basta abrir un balcón que da hacia el sur, y desde el escritorio diviso la ciudad, mi Caracas nativa, esa Caracas tan hostil y tan amada, bajo cuyo cielo azul y en cuyo tibio ambiente deseo exhalar el último suspiro, bajo cuyo suelo fragante y moreno deseo dormir, cuando suene la hora, el sueño último.

Y sentado á ese escritorio, una mañana — era el mes de Setiembre de 1909, — acicalaba con amor una página añeja de historia, la pintura de costumbres, trajes y muebles de aquellos emperifollados abuelos que en la flor de los años iniciaron, el 19 de Abril de 1810, la revolución de Hispano-América... Una pareja de polizontes hizo irrupción.

— El Prefecto — se me informó — desea que usted pase á la prefectura.

— Un momento, — respondí. — Voy á vestirme. Al punto estaré allá.

Viendo que no partían sino que me esperaban, pregunté, ya caviloso :

— ¿Pero es que debo ir con ustedes?

— Sí, señor.

— Entonces ¿prisionero?

Me dieron á entender que así era.

Quedé suspenso. ¿Por qué se me prendía? Distanciado del Presidente Castro durante los últimos años de su gobierno, mal podía ser por castrismo militante. Entonces, ¿por tratar de que la traición beneficiase á la República y no consistiese en mero cambio de figuras decorativas? Tal vez. Secretario de la Cámara de Diputados, me opuse, dentro de mis modestas atribuciones, á los Protocolos con los Estados Unidos; al entonces reciente contrato con el Cable francés, celebrado en condiciones desventajosas para Venezuela; á la irresponsabilidad constitucional del Presidente, y á que se le concedieran á Gómez facultades extraordinarias, porque no creí que debíamos salir de una autocracia para crear una dictadura. Juan Vicente Gómez, sin embargo, me había ofrecido cargos diplomáticos en el extranjero — directamente y por medio del Doctor Leopoldo Baptista, — cargos que yo no quise aceptar, entre otras razones, porque necesitaba el vivir en Venezuela para terminar la obra de historia americana que estaba escribiendo y para la cual votara el Congreso 20.000 bolívares.

Sobre mi escritorio estaba, además, viendo un nema con las armas de la República. Era una tarjeta de Gómez. El Presidente me citaba en Miraflores para la tarde de ese propio día. ¡Ah, traidor!

Tal orden de prisión, pues, me dejaba perplejo. Todo aquello me pareció cosa de burla. Acercándome á mi hermano Héctor, no menos extrañado que yo, le dije:

— No me entrego preso. Baja y ábreme la puerta del jardín.

Pero mi hermano Héctor reflexionó:

— Eso no puede ser sino cosa momentánea. Algún chisme. Huir es declararte culpable.

En ciertos momentos, uno toma el camino que le indican.

Escribí una carta á Gómez Iscariote en donde protestaba inculpabilidad y me entregué prisionero. Los corchetes llamaron un coche y partimos. Me permitieron que entrase al despacho del Gobernador. Éste se quedó sorprendido. No sabía una jota. Libró órdenes para que se me pusiera en apartamiento, sobre la calle, donde viera luz, cielo, monte, la vía pública, la gente, y donde pudiera estar solo, á mi guisa, leer, escribir, sin veinte espías al pie. El Doctor Carlos León, Gobernador entonces, hombre de bien y de seso, abogado y caballero, caería en desgracia él mismo pronto. Le sucederá un asno lúgubre y omnipotente, el improvisado y obscuro Pacheco, sin otras credenciales para figurar en política sino las credenciales de la bragueta, casado como está con una hermana de Gómez; y apenas el botocudo Pacheco Bragueta llegue á mancillar la ciudad, gobernándola, me arrebatarán el aire, el cielo, el sol, la calle, la gente, y me sumirán en antro infecto : en la Rotunda.

## V

La Rotunda es el nombre que se aplica, por extensión, á la cárcel de Caracas. Debe su nombre á su forma, ó con más propiedad, á la estructura de sus dos más crueles departamentos.

Figuráos un cuadrilátero de ochenta metros por cara, separado por un muro, en la parte que mira al norte, de aledaño

cuartel. Figuráos en el centro de aquella vastedad, que es la prisión, dos fortalezas de mampostería, redondas, eminentes, distanciadas entre sí por un patio largo y angosto. Á cada fortaleza sirve de acceso un pasadizo, con, sobre el patio, sendas rejas. Son cárceles dentro de la cárcel.

La una, llamada rotunda vieja, sirve para redil de criminales; la frontera, la rotunda por antonomasia, es el antro en donde sumen gobiernos de arbitrariedad á sus opositores. Penetrad en la rotunda y os creeréis en el fondo vacío de una cisterna. Veréis arriba una azotea como el brocal de un pozo; y que por el brocal deambulan al sol, ó juegan á los naipes y á los dados, ó discurren con ojos de vigía, soldados de la guardia custodia.

El patio de la rotunda es circular. El corredor, entre el patio y los calabozos, circular. El balcón del primer piso también circular. De suerte que no hay nada que no se divise desde cualquier punto del orco. Todo da idea de la fuerza brutal que os estrangula: las paredes tan macizas, los pilares tan altos, las verjas de hierro.

En los muros, de curva reentrante, los calabozos — lóculos en arco, sin puertas, á manera de hornacinas, — abren sus fauces de cal y canto en constante bostezo de hastío. El chorro de agua de la pila es el único espectáculo de vida ante aquella monotonía de paredes blancas de cal y de la inclemencia del cemento romano. Los presos han sembrado en latas de kerosene algunas matas ó hierbas medicinales : saúco, hierbabuena, culantro, simaruba; y algunas flores : amarillos claveles de muerto, campanillas azules, capachos de un rojo detonante : la bandera... Pero todo aquello es melancólico y desabrido. En la cárcel hasta la alegría es un poco triste. De vez en cuando alguna araña, tiende su red entre las matas. Aquel espectáculo sirve de distrac-

ción y es objeto de profusas disertaciones y hasta motivo de riñas. Todo obra del hastío.

Á cada celda en la planta baja corresponde otra celda en el piso de encima.

Aquella prisión de muros loculados parece más que otra cosa un palomar.

Á la entrada de un calabozo, bajo el arquito de acceso, póngase un hombre en jarra y con ambos codos tocará las paredes; pero como el embudo va ensanchándose á medida que se penetra, ya en el extremo, á dos y medio metros del umbral, no alcanzará los muros con los brazos en cruz. Al fondo, empotrada en la pared, á un metro ó poco más de altura, una tabla sirve de cama á los que no tienen catre, y á todos de rinconera, consola, aparador, mesa de noche, mesa de comer, baúl, escaparate, estante, etc. ¡ Cuántos allí han dormido, allí han enfermado, allí han muerto ! Más parecen jaula de fieras aquellos habitáculos que no morada de hombres. Y alguno de semejantes cubiles, en aquel palacio de infortunio donde tanta altivez se ha mordido los puños de rabia y de impotencia, iba á ser albergue mío durante un año porque dos delatores se habían acercado á la oreja de un déspota y habían susurrado palabras malévolas y calumniosas.

## VI

La Rotunda no es precisamente un *Palace Hotel* con perspectiva sobre el azul y riente Mediterráneo; ni un *chalet* suizo, á medio alcor, con panorama de villas y de lagos, entre pinedas de gráciles y olorosos pinos; ni una casita de campo con sus gallinas

y sus vacas entre los verdes cafetales del Trópico. Es lugar de suplicio. Pero acrecen el amargor que acibara nuestras horas reclusas la convivencia obligatoria con seres de nuestras antípodas morales, y la condición de cosa á que uno queda reducido. Un isleño de Canarias llamado José Rodríguez, preso por robo, y después otro procesado, sustituto de Rodríguez en la cabiduria ó cargo de cómitre, nos toleraban ó no, á su guisa, la más insignificante y natural de las acciones humanas. Pero la cohabitación es la más lancinante espina de aquella corona de oprobio... Jamás gozáis ni siquiera la relativa independencia compatible con la prisión : no podéis ni comer, ni lavaros, ni vestiros, ni caminar, ni leer, ni dormir sin el ojo de curiosos desobrados que comentan vuestra conducta y el ojo de los espías que acota y trabuca vuestra vida. Los espiones son capaces de forjar las fantasías más siniestras, de convertir un grano de arena en montaña y una gota de agua en el mar, á trueque de mostrar celo y congraciarse con el Alcaide.

Era el Alcaide que nos cupo en suerte, indio bestial, antiguo y célebre asesino de alquiler, un Sparafucil de los Andes, enemigo de todo el que fuera blanco y supiese leer y escribir. Se llamaba Marcial Padrón. Había, de jovenzuelo, robado una custodia y asesinado á la vieja que lo denunció. Desde entonces engrosó la pandilla de una suerte de Musolino venezolano llamado Rafael Montilla. No pagaba servicio ni inspectores de cárcel, sino que nos hacía atender y vigilar por presidarios. Estos galeotes eran nuestros sirvientes y nuestros espías. También eran nuestros verdugos. Y aquellos penados podían tolerarse con los presos políticos toda suerte de desafueros. Es más : al que por temperamento no fuese un atormentador, una avispa de aguijón pon-

zoñoso, el piel roja lo llamaba á la Alcaidía, y luego de reprenderlo con dureza lo mandaba en castigo á la rotunda vieja, al presidio, donde el castigado echaría de menos su vida holgazana y regalona — bien comido, bien vestido, y aun con dinero de propinas — de la rotunda nueva. Aunque no fueran ladrones y asesinos de profesión, seleccionados por aquel araguato cobrizo entre la hez de la cárcel, sino ángeles y serafines del Empíreo obrarían « los ordenanzas » como obraban, para no incurrir en las iras de aquel indio tan cobarde y tan feroz. ¡ Cuántas veces lo vieron, arremangado el labio con pálida sonrisa de hiena, el tabaco en los colmillos, los microscópicos y capciosos ojos entornados de placer, en una silla de cuero recostada contra la pared, mientras se propinaban de orden suya cincuenta, cien y hasta doscientos azotes á algún pobre negro recluso que quedaba expirante ! Así apresurábanse « los ordenanzas », como allí se les nombra por eufemismo, á espiarnos acuciosos, á alborotar la prisión con enredijo de cuentos, á objeto de que los presos, desavenidos, desconfiaran unos de otros y no se trabasen de amistad. Sparafucil Padrón, receloso y alebronado como todo asesino, podía ya dormir tranquilo después de haber dividido para reinar. Nos atormentaban los malandrines con ingenio siempre fértil. Era necesario complacer al mónstruo.

Yo fuí su principal víctima. No los culpo; es más: los perdono. Perdono sus insultos; perdono su saña; perdono su injusticia; perdono que me abrevaran de amargura durante el día y que me impidieran dormir durante la noche; perdono que se lavaran las manos en el agua que yo debía tomar y que empuercaran los alimentos que yo debía comer; perdono que me calumniaran ante el Juez, pintándome como el más tenebroso bandolero; per-

dono que no tuvieran respeto á mi infortunio, á mis grillos, á mi juventud en desgracia, á mi vida en manos de la barbarie, á mi impotencia, á mi dolor. Los perdono. Los compadezco y los perdono. Ellos no son capaces de comprender sino las torturas físicas. Ellos no saben lo que es dolor. Los perdono.

Á quien no perdonaré tan fácilmente es á Sparafucil Padrón y á Juan Vicente Judas. Esas cuentas se arreglarán. No hay plazo que no se cumpla. Ya mi vida tiene un objeto : cobrarles. Pero no : yo no puedo consagrar mi vivir á cascar liendres. Sobrará quien se encargue, por cuenta propia, de poner en la diestra de ambos mónstruos el óbolo de Carón.

## VII

Mi hermano Oscar, Comandante á la sazón de La Guayra y del Litoral, fué un día á Caracas y le dijo á Gómez, en dos platos :

— Ó usted pone en libertad á mi hermano ó yo renuncio. Me es imposible servir á un Gobierno que nos persigue.

Iscariote juró sobre la cabeza de sus hijos que me libertaría el 1.º de Enero (1910) y me lo participó por medio de comisionado especial. El 1.º de Enero no obtuve libertad. Gómez, una vez más, faltaba á sus compromisos y traicionaba la fe en el honor de su palabra. Poco después mi hermano separóse del cargo militar que ejercía, y el odio del Gobierno contra mí ya no reconoció límites.

Aunque vigilado constantemente, me comunicaba, á pesar de

todo, con la calle, como la mayoría de los presos. Yo hacía conocer los atropellos de que estaba siendo víctima. De fuera me respondían que soportase hasta agua caliente porque el Gobierno buscaba ocasión de revivir el proceso de Río Negro, merced al cual, con un poco de buena voluntad que no faltaba y algún juez sin escrúpulos, podía pudrirme en la prisión. Alcantarita, en efecto, había pedido el expediente á Ciudad Bolívar. Sino que consultados algunos juristas de Caracas respondieron á Pacheco Bragueta, Gobernador del Distrito Federal y al Ministro del Interior, el rufianesco y lardáceo Alcantarita :

— Sobre que, jurídicamente, aquel es asunto legalmente concluído, resucitarlo será, desde el punto de vista político, un escándalo inútil y crear un problema que no existe. Imposible declarar ahora *sub judice* á un hombre que ha firmado la Constitución vigente sin que nuestra Constitución se vicie de nulidad y venga abajo, lo que no es, de seguro, la mente del Ejecutivo.

Este argumento me salvó. Entretanto se introdujo en la Rotunda á un tal César Ibarra, andino, preso en otro departamento por haber estuprado á una niñita de nueve años, hija del señor Fernando Molina, por haber asesinado á éste y á un joven Pesquera Vallenilla y por robos cometidos en San Fernando de Atabapo. Se le introdujo en la Rotunda con el único propósito de que me mortificase. Este asqueroso criminal se complacía en tocar á la puerta de mi calabozo, en són de burla, un pito; y repetía con ardor la tocata cada vez que yo salía fuera. Toleré cuanto pude, lo indecible, lo increíble, lo que no hubiera tolerado el más cristiano. Tanto, que los presos me tenían por el sér más cobarde, y me lo dejaban comprender. La mansedumbre, sin embargo, tuvo límite. Un día sacudí un par de bofeta-

das en el trompudo hocico al miserable, que se puso á temblar, olvidando su papel de busca-ruidos y su reputación de matachín. Yo temblaba á mi vez por las consecuencias de aquel par de mojicones. El instinto no me engañaba. Fuí confinado á una celda en el piso alto; se tapizó el hueco del arquito con una cortina espesa, y ya quedé para siempre, para siempre, sin ver á nadie, sin conversar con nadie, sin aire casi que respirar, casi sin luz, teniendo por todo ámbito dos y medio metros de habitación, por todo cubierto mis dedos, por toda distracción el hastío, por toda visita la de aquellos mudos espiones que, de rato en rato, alzaban furtivos la cortina é introduciendo la cabeza inquisitorial me echaban un ojazo.

Así trascurrieron meses. Allí quedaré todavía cuando sean los demás presos libertados; y quedaré peor : con un par de grillos, porque mi largo infortunio anda lejos de su término.

Enfermé : no se me permitió médico ni medicina. Á la postre, más que malucho, enviaron dos facultativos oficiales. Si recetaron cosa no sé : ni me libraron ni se me toleró comprar medicamento alguno. Procurábame, empero, á precio de oro y por conducto del ordenanza, bien sulfonal ú otros narcóticos. Sólo merced á hipnoles conciliaba el sueño.

Rato después de partidos los galenos presentóse el Alcaide en mi cubil, el aspecto compungido, la voz mielosa, lleno de solicitud, y valiéndose de hábiles circunloquios me participó cómo, según los médicos, tenía yo tamaña aneurisma en la aorta; que procurase evitar impresiones fuertes, no exasperarme, ni toser ni menos practicar esfuerzo alguno porque me podía quedar muerto en el acto.

¡ Miserable ! Al principio lo creí. No conocía aún el fondo pro-

tervo de aquella alma. Érame imposible suponer tales refinamientos de crueldad.

Al día siguiente, muy de mañana, allegóse á mi celda el famoso Godoy — aquella esfinge que hace cuarenta años vive del dolor ajeno, con carácter de carcelero. Y el famoso é inexcrutable Godoy, venía á participarme que me dispusiera á partir para el Castillo de Maracaibo. Es necesario ser venezolano, vivir bajo el nuevo régimen andino que ha retrotraído el país á la Edad Media, para comprender lo que esto significa y cuál sería mi impresión. El Castillo es, sencillamente, la antesala de la tumba. Allí acababa de morir el Doctor Leopoldo S. Maldonado quién, semanas atrás, fué nuestro compañero de infortunio en aquella propia Rotunda, y había salido de la Rotunda para el Castillo, junto con los diaristas Arévalo González y Flores Cabrera (1).

No tenía aneurisma; pero esperaban que me naciera.

Aquel indio de Alcaide, bestia como una mula, mendaz, dicharachero y más malo que Caín, me cobró un odio carnicero. Sus fechorías menos sensibles fueron las de robarme, á título de

(1) He sabido mientras corrijo estas pruebas, que Eustoquio Gómez, — primo de Juan Vicente, condenado á diez años de presidio por homicidio y á quien Gómez libró de la cárcel para entregarle la Fortaleza de Maracaibo y los presos políticos, — asesinó á palos, con anuencia de su primo Juan Vicente, á los señores Jara, Gáfaro y Nel Espina (este último colombiano), presos por imputárseles un conato de tiranicidio en la sagrada persona del Traidor. Asesinó de igual suerte al señor Pedro Nolasco Muñoz. La tropa y los presos, víctimas todos de aquel mónstruo, se sublevaron contra él. Gómez huyó disfrazado de mujer. Murieron tratando de contener á la tropa, cumpliendo con su deber, oficiales de Coro, Maracaibo, Ciudad Bolívar y Caracas. Jefes y oficiales andinos huyeron. Los Gómez y los andinos de su laya asesinan, no se baten. Son criminales, no héroes.

¡Cuán diferentes de Castro! Personalmente queda Castro sobre todos los demás andinos á mil metros de altura. Es justicia reconocerlo.

más fuerte, diez onzas de oro, un prendedor de perla, un reloj con su leontina, una sortija de brillante, un vaso de plata, un bolsillo de seda, una navaja *gillette*, tijeras de uña, varios volúmenes, platos, cubiertos, ropa de cama y de vestir y una maleta, amén de postres y chucherías que me enviaban de casa constantemente y de cuya mitad disponía siempre, fraternal y muy digno, mi señor el Alcaide.

Otras picardihuelas suyas fueron menos regocijadas.

Días antes de incomunicarme hízome pasar á la Alcaidía, departió conmigo de cosas baladíes, me dió noticias de hermanos y de amigos, y hasta me prestó espontáneamente una obra, recuerdo bien, en dos volúmenes sobre la guerra nipo-rusa. Yo estaba encantado. Aquel mónstruo me sonreía. Mi suerte iba á cambiar. Días después fué cuando vine á comprender la táctica del forajido. Había hecho creer á dos ó tres presos — alguno de los cuales torpe bastante para darle crédito — que yo los acusaba de opinar sobre Gómez desfavorablemente, como si nadie pudiera apologizar á Iscariote Capitolino, y menos que nadie sus víctimas.

Otra vez, antes, me dijo el sicario:

— Fínjase enfermo. Yo le haré trasladar al hospital Vargas.

Y me tuvo quince días en cama fingiendo el moribundo. Á los quince días me informó de que podía mejorar y aun curarme. El traslado al hospital no era posible.

Fuera, entretanto, los amigos trabajaban por mi soltura, inútilmente. La prensa reclamaba mi excarcelación, sin ser oída; y ocho intelectuales de la juventud: — Andrés de la Rosa, Domingo Martínez, Leopoldo Girón, Luis Yépez, Luis Correa, Emiliano Hernández, J. Silva Díaz, J. M. Butrón Olivares, —

dirigieron un valiente y hermosísimo documento al Ejecutivo reclamando mi libertad. Todo en vano (1).

## VIII

El tiempo corría. Mi tortura no vislumbraba término. Recluído, sin casi moverme; comiendo sin cubierto como un animal; royendo ideas de venganza, escuchaba, si de día, el sarcasmo de asesinos y ladrones á quien me zuzaban,— si de noche, el isócrono mauser del centinela, como que el deber del centinela consistía en golpear sobre el techo de mi prisión para impedirme dormir.

No era menester tanto. Á menudo, á despecho de los narcóticos, imposible que me rindiera el sueño. Semanas enteras estuve sin cerrar ojo. Parecíame entonces que dentro de mí estaba ardiendo perenne una llama, una llama que me abrasaba constantemente y pronto me consumiría. Pensaba que cuando yo refiriese el infortunio y la mengua de tales horas, nadie me iba á dar crédito y que no faltaría opilado bachiller que pronunciase palabras de sabiduría : « hiperestesia, delirio de persecución, etc. » Aquellos dolores eran de carne y hueso. Aquella saña

(1) «Porque Rufino Blanco-Fombona (decían mis amigos) es para la intelectualidad patria, como para la intelectualidad americana, un alto y noble sembrador de pensamientos; porque el silencio ha levantado cátedra de pasivismo en torno del martirio que aureola al robusto cantor... » Por esas y otras razones de política interior, ellos pedían la libertad de quien, « en la gestación reaccionaria de Diciembre, fué paladín esforzado que proclamó y sostuvo la conveniencia... de una libertad sin apremios ».

era de tigres. Allí no había más delirio que el delirio sangriento de mis verdugos.

En frente de mi célula, cierta noche, asesinos y ladrones, me obsequiaron con burlesca serenata de algarabía. Mugían como toros, balaban como borregos, relinchaban como caballos, cacareaban como gallinas; y hubo latir de perros, maullar de gatos, gruñir de cerdos, rebuznar de jumentos y rugir de leones.

Era al momento de sentarme á comer. No dije una palabra. Pero no pude pasar bocado, y esa noche no dormí. Con el alba estuve en pie, dispuesto á un escarmiento. Á precio de diamante, días atrás, había comprado una escoba, cuyas barbas deshice como pude; y armado con el asta y con represa furia acometí esa mañana al primero de los asesinos que acertó á pasar á mi alcance. Corrió el villano; corrí detrás majando sus espaldas. Y su cabeza de guillotina, bañada en púrpura, asperjeaba de rojo, como hisopo de sangre, las paredes blancas y la madera del pasadizo y el pavimento. Lo salvó el ser cobarde y precipitarse por el balcón al piso bajo.

El cómitre me apresa; y ya reducido al calabozo se me amarra y se me pone un par de grillos. Entonces arriba Sparafucil Padrón, el indio cuatrero, el roba-custodias, el mata-viejas, el cuadrillero de Musolino, el iletrado lenguaráz, el asesino mercenario de las montañas de Trujillo, y midiéndome de un ojazo y lanzando un terno prorrumpe :

— ¿Por qué no descuartizan á ese vergajo?

Al día siguiente me abrieron un sumario por aquella justicia que tomé. La represión de un desmán dependía, sin embargo, de la policía interna de la cárcel, como lo atestaba el rigor de aquellos pesados grillos que ya no me quitaron más.

Desde entonces no pude moverme de una silla de extensión sino para echarme en el catre y viceversa. Así pasé meses.

El 19 de abril de 1910, día centenario de la Independencia, abriéronse todas las cárceles á los presos políticos. En la Rotunda no quedó nadie. Todos se fueron. Todos, menos yo. Y yo era el cantor de la Patria, el comentador de la Independencia, el vástago de próceres, mientras que mis verdugos, comenzando por Gómez, ignoraban hasta el buque negrero que trajo á sus abuelos de Cafrería. Por el pensamiento y por la cuna yo era el señor, y por el mérito personal y por la hombría de bien; y estaba en manos de aquella piara de siervos ignaros y feroces, sin más heroísmo que el de la traición, ni más ideal que el peculado, ni más patriotismo que el interés, las manos y la conciencia sucias, y por única hoja de servicios una mancha de sangre. ¿Qué les debe la patria? Ruina, vergüenza, luto. Y semejantes microcéfalos me tenían encadenado por el crimen de ser libre y odiar á las sanguijuelas de la Nación, y encadenado precisamente el día de la patria, olvidando adrede que á mis abuelos deben el aire que respiran, el pan que comen, los bastones de mando, el meter mano en cosa pública y el infame derecho de aherrojarme y procesarme...

El tiempo transcurría y el sumario no terminaba. Todas las triquiñuelas, todas las chicanas, todas las argucias de mala ley se pusieron en juego para que el juicio no finara nunca. Mis hermanos conducían á los testigos renuentes; otros se presentaban espontáneos. El Tribunal, de orden superior, no citaba á ninguno ó los citaba con diligencia de morrocoyes. Se quería ganar tiempo y que yo me pudriese en la mazmorra. La Corte, que va semanalmente á la Rotunda á informarse de los presos y ren-

dir cuenta de sus causas á los procesados que inquieran, interrumpió sus visitas. Por fin concluyó el sumario. Haciendo uso de un derecho que me daba la ley opté por el Jurado, que no gana doscientos pesos mensuales, ni cohibido ó complaciente pilatea con facilidad, ó prevarica.

Y un jurado compuesto de personas respetables me absolvió por unanimidad, á pesar de los gruñidos oficiales (1). Y á pesar de los gruñidos oficiales el pueblo de Caracas, el gran pueblo de Caracas, rompía en truenos de aplauso cada vez que yo comparecí en la barra, y rompió sobre todo en aplauso unánime y estrepitoso, que era un salivazo en el rostro del Ejecutivo, cuando se me declaró inculpado (2).

Yo había pedido escribir mi defensa. No se me permitió. No se

(1) El jurado lo componían el venerable don Eleazar Urdaneta, prohombre del partido liberal, hijo del célebre Urdaneta, General y Presidente de la antigua Colombia; el Doctor Luis Razetti, ex Rector de la Universidad de Caracas; Fernando Calzadilla Valdés, perfecto caballero, el más independiente y sin mácula; el Doctor Meyer Flejel, uno de nuestros mejores facultativos; Abelardo Gorrochotegui, el buen gigante rubio, poeta y militar, hombre todo corazón y una de las figuras de más porvenir político en Venezuela; Manuel Modesto Gallegos, ex Ministro, ex Presidente de Estado, ex Presidente de la Cámara de Diputados; el Doctor Y. Capriles, yerno del antiguo Presidente Crespo; Ricardo Revenga, abogado, nieto de un Secretario de Bolívar; Manuel María Urbaneja, cuya entereza de carácter lo haría más tarde tomar el camino del destierro, antes que someterse incondicionalmente á las pretensiones de obscuros tiranuelos y declarar inculpado á un tal Eleuterio García, primo de Gómez y asesino del Concejal Chaumer; Luis Churión, poeta y diplomático; Alberto González B, jurisperito é irreductible espíritu.

(2) Para que se comprenda bien en qué garras estaba yo, y no se tomen á exageración mis pinturas, copio aquí la declaración de Padrón en el juicio que me incoaron. Padrón sugirió al malhechor á quien castigué el que me acusase de haberlo incitado á envenenar á otro preso, de quien sabían yo no era amigo. El mismo Padrón declaró en tal sentido. Pero aquello era tan absurdo y tan insostenible que aunque el Gobernador Pacheco nsistió para que el Fiscal me acusase de asesinato frustrado, el Fiscal, andino por cierto,

me permitió siquiera corresponderme ni hablar á solas con mi abogado el Doctor Manuel A. Ponce. Pero este jurisconsulto de gran valor y gran sabiduría, de una dialéctica de hierro, un estilo sarcástico, una clara visión jurídica y una cívica audacia á prueba de ocasiones, cubrió mi nombre con la egida de Minerva, y más que defendiéndome atacando, blandió su verbo de acero como una espada y una vez más fué triunfador.

Veinticuatro horas después de ser declarado sin culpa no se me había aún excarcelado. Mi defensor dirigióse al Juez pidiendo

no convino en ello y se expuso á perder su puesto é incurrir en las iras del asno lúgubre y omnipotente. ¡ Cuánto no hubieran dado Padrón, Gómez y compañía por haberme podido probar esa ú otra fechoría semejante ! Le agradezco al Fiscal, señor Paoli, su conducta, porque en Venezuela hemos llegado al extremo de que cumplir el deber es una heroicidad. Por lo demás, ni Pacheco ni Padrón comprenden la enormidad de que me acusaban. Carentes de sentido moral, pierden el sentido de las porporciones y de las posibilidades. Hasta en eso prueban lo que son. No digo una palabra más. Tanto las preguntas del Juez como las respuestas del Alcaide quedan y quedarán por siempre destilando el odio oficial.

DECLARACIÓN DEL ALCAIDE MARCIAL PADRÓN.

« En el mismo acto presente el General Marcial Padrón, juró decir verdad, de treinta años de edad, casado, Alcaide de este Establecimiento, natural de Trujillo, Distrito Valera, y domiciliado en esta ciudad; é impuesto del motivo de su llamamiento y de los artículos correspondientes del Código de Enjuiciamiento Criminal, manifestó no tener impedimento para declarar y expuso :

P. — Como jefe que es usted de este Establecimiento, explique lo que ha llegado á su conocimiento respecto al hecho ocurrido en la mañana de ayer entre Rufino Blanco-Fombona y Ramón Quevedo Páez y todo lo demás que usted sepa relacionado con este asunto.

C. — Recuerdo que á principios de noviembre del año pasado Ramón Quevedo me comunicó que había sido instigado por Rufino Blanco-Fombona para que envenenara en la comida al General Benjamín Ruiz, ambos detenidos actualmente en la cárcel y siendo Quevedo Páez ordenanza del último, ofreciéndole por la ejecución de tal hecho la suma de cien pesos, sesenta pagaderos en el acto y el resto después de su salida. En vista de esta denuncia inmediatamente le pasé á Blanco-Fombona una requisa y le encontré sesenta

explicaciones. El Juez murmuró excusas. Entonces dirigióse al Gobernador de Caracas, Pacheco Bragueta, un pobre diablo obscuro, ignaro, grotesco y bilioso, y aquel pobre diablo obscuro, ignaro, grotesco y bilioso repuso al abogado :

— Ya su papel ha concluído. Ese hombre estuvo hasta ayer preso por el Juez. Ahora continúa preso por mi orden.

Poco después me participaba el famoso araguato de Alcaide que el Gobierno de garduños, presidido por el hombre de los treinta dineros, había resuelto mi expulsión. Dentro de cuarenta y ocho horas me conducirían á La Guayra.

y un pesos y medio, en tres monedas de oro. Ayer, en las primeras horas de la mañana, fuí avisado por el cabo de presos Luis Malavez que en la Rotunda Rufino Blanco-Fombona había herido con un palo de escoba á Ramón Quevedo Páez, y ví á éste con la cabeza rota y la espalda y pecho bañados en sangre. Me trasladé al calabozo de Blanco-Fombona y lo encontré ya contenido por los ordenanzas Agapito, Rosendo y Francisco Domínguez y Arturo Rodríguez y el palo instrumento del delito fué presentado á mí por el cabo Luis Malavez. Hago constar que encontré al presidio (*sic*) alarmado por lo ocurrido y supongo que todo él sería testigo presencial del hecho.

P. — Como Jefe de este Establecimiento que es usted diga si ha tenido quejas de la conducta observada por Rufino Blanco-Fombona, y si antes del actual hecho que se averigua, ha cometido aquí algunos otros atentados (*sic*).

C. — Sí, señor : por el cabo José Rodríguez fuí informado en el mes de febrero próximo pasado de que el señor Rufino Blanco-Fombona había abofeteado delante de todos los presos de la Rotunda nueva y rótole la cara á César Ibarra, preso también en comunidad, ignorando los motivos (*sic*) y por cuya causa reprendí á Blanco-Fombona y lo separé á otro departamento, ó sea al balcón de la Rotunda. Después, y en el mismo mes de febrero, tuve conocimiento por el señor Heriberto Garrido, también preso en el mismo d partamento, de que el señor Rufino Blanco-Fombona escribió un libro en contra del Gobierno actual, le pasé requisa inmediatamente y le encontré varios legajos escritos con lápiz, en papel de ir al excusado, y cuyos legajos comprobaban la realidad de lo denunciado (*sic*) y dichos legajos los decomisé. Es de lo que tengo conocimiento hasta el día de hoy. Terminó, se leyó lo expuesto y encontrado conforme, firman :

(f) Leonidas Blanco.
(f) D. D. Paoli.
(f) Marcial Padrón.
(f) Núñez.
sec.

— Apréstese, concluyó con su estereotipada sonrisa de hiena, el cobrizo carcelero.

¿Aprestarme? ¿Cómo? No se me permitió ir á mi casa, ni despedirme de mi novia, ni agenciar mis asuntos, ni procurarme personalmente los fondos que iba á necesitar. Á toda carrera hice retrovender, por lo que me quisieron dar, una pequeña finca agrícola. Á toda carrera mis hermanos pusieron relativo orden en mis cosas. Á toda carrera partí.

De la Rotunda me sacaron entre esbirros; entre esbirros me condujeron á La Guayra; y me embarcaron entre esbirros.

La última visión que tuve de la patria, ya al zarpar el buque español que me conducía al destierro, fué un grupo de familia donde mi novia, vestida de blanco, lloraba; y tras del grupo familiar, deslizándose cautelosos, las figuras patibularias de los esbirros. (1)

## IX

Una de las crueldades que más me ha dolido — bien inútil crueldad, por cierto, — fué que me arrebatasen y que destruyeran, tal vez, gran copia de manuscritos míos, obra de una acti-

(1) Acaba de llegar la noticia — Abril de 1911 — de que mi hermano Héctor, á punto de embarcarse para una de las Repúblicas del Pacífico ha sido reducido á prisión. Somos los Blanco-Fombona, en nuestro país, como el extranjero en la ciudad antigua: peor. Como los judíos, andamos errantes, sin patria, bebiendo el agua de extranjero río y aprendiendo, según la experiencia del Dante ¡cuán duro es subir la escalera agena! No tenemos patria. El odio del gobierno actual de Venezuela contra nosotros es tal que hemos debido emigrar los que no hemos sido expulsos. Dos de nosotros viven en Londres, uno en París, otro en Cuba, otro acaba de ser víctima de los sayones de Gómez Iscariote, y ha ido á parar á manos del indio Padrón.

vidad febril y constante de tantos meses de prisión. Había logrado sobornar al cabo de presos, José Rodríguez, y el cabo, haciéndose de la vista gorda, me dejaba garrapatear papeles y tener luz encendida hasta que media noche era por filo.

Así compuse una novela corta, con el título de *Recién casados*; diez ó doce cuentos, quizás mayor número; un estudio sobre *La influencia del genio en la evolución de las sociedades;* otro sobre *La tristeza en la literatura venezolana;* otro sobre *La influencia del mestizaje en nuestra vida nacional;* anotaciones para servir á mis comentarios de historia americana; Notículas íntimas y un Diario de la prisión. También compuse muchos versos. Nunca tuve actividad más fecunda, á no ser en la prisión de Ciudad Bolívar, cinco años atrás, cuando escribí en menos de dos meses *El Hombre de Hierro*, amén de muchas otras páginas, algunas inéditas, publicadas otras. La idea, entonces, de haber estado en un tris de que la guadaña cosechera de la Pelona me cosechara, hízome comprender que todo podía concluir de súbito, una bella noche estrellada; y cuán triste era pasar por el mundo como un pájaro por el viento : sin dejar huella, sin dejar sino un gorjeo que el aire recoge y que muere en el aire. La desocupación obró lo demás. Ahora se maridaba al ocio una emotividad fomentada por el medio hostil y que no tenía más derivativo que la pluma. Escribí mucho. Un día los papeles todos me fueron decomisados por el Alcaide. En vano imploré: nada. Corrieron de Alcaide á Gobernador, de Gobernador á Secretario de Gómez Iscariote, y de Secretario de Gómez, quizás, al propio pesebre de la Bestia (1).

(1) He reclamado mis manuscritos en todos los tonos, personalmente y por medio de

Sospechaban que hubiese escrito, en la prisión, contra el Gobierno; y escudriñaban los manuscritos en la búsqueda de minucia que indiciara desamor al caballo de Calígula, pretexto de los vándalos para sincerar su conducta respecto á mí ó acabar de victimarme.

Los versos los salvó de suerte desastrada Arvelo Larriva, quien ridiculizó con su buída sátira de costumbre al piel roja de Alcaide

amigos. Todo inútil. El último paso lo dí cerca de González Guinán en la carta que transcribo, y que González Guinán, —¡ oh, la provincia ! — tuvo el mal gusto de no contestar.

« Hamburgo, 19 de Octubre de 1911.

»Sr. Dr. FRANCISCO GONZÁLEZ GUINÁN,

Secretario General del Presidente

CARACAS.

» Distinguido amigo.

Estando yo preso me quitó el Alcaide de la Rotunda una gran colección de manuscritos, que formaban tres volúmenes de prosa, y una copia de versos. Todo esto obra paciente de muchos meses de prisión. Los versos me los devolvió, en parte, un día que se le antojó. Cuanto á mis trabajos en prosa que eran cuentos, una *nouvelle*, estudios y notas sobre historia, apuntes de sociología venezolana y un Diario de la prisión no he sabido más sino que fueron á manos del Gobernador y de ahí pasaron á las del Secretario del Presidente.

»Para entonces era Secretario de la Presidencia el señor Pimentel. Pero como ni él ni Pacheco, el Gobernador, son capaces de apreciar el trabajo mental de un hombre es á usted, sustituto de Pimentel en la secretaría, á quien me dirijo para que vea porque se consigan esos papeles, ó por lo menos una parte.

»¿Me habré equivocado en la esperanza de que los encuentre y me los mande? Eso es lo que el porvenir dirá. Por el momento sólo quiero significarle que la circunstancia de dirigirme á usted es prueba de que no lo confundo con la turba de analfabetas criminales, cuyo triunfo es el triunfo de la barbarie y que hoy deshonran la Magistratura en Venezuela.

Soy su afmo. compatriota y amigo.

R. BLANCO-FOMBONA.

P. S. — Escríbame, si me escribe, á esta dirección : Bieberhaus. — Hamburgo.

que buscaba serpientes en un ramo de flores. Pero cuando me los devolvieron, al salir de la cárcel, la mitad, lo menos, había desaparecido en las gavetas del indio ó le sirvió para envolver mantequilla y velas de sebo en la pulpería, propiedad suya, donde obliga á comprar á todos los presos.

Y entre los poemas restantes, ¡cuánto mútilo! Era como el campo de batalla después de la refriega : á uno le faltaba la cabeza, á otro las piernas, á éste un brazo, un omóplato á aquel.

Algunos los corregí como pude. Otros no pude corregirlos. Muchos de los poemas fechos en el destierro no han sido compuestos sino retocados por aquí. Los hay como *El Torrente* é *Impotencia*. v. g. que eran en su prístina forma sonetos. En vano intenté reconstruirlos : no lo conseguí

Lo que ignoran el abacero sicario Sparafucil Padrón y el gobernador de bragueta es que á pesar del encierro, á pesar de la incomunicación, á pesar de los espías, á pesar de la carencia de lápiz y papel, á pesar de las requisas constantes proseguí escribiendo versos. Opté por los versos como más concisos y fáciles de disimular. Los escribí en paquetes de cigarrillos, en cajas de fósforos, en briznas de papel. Sacaba de entre la madera del lápiz el grafito, y este grafito lo ataba con hilo á un escarbadiente. Procurarme lápices era el busilis; sin embargo con dinero se conseguían, con todo y las requisas rigurosas que menudeaban. Una vez pagué á mi ordenanza por uno mocho tres pesos. Como no permitían dinero, sino por cantidades cortas y espaciadas, se lo fuí pagando poco á poco. El papel era más difícil. Desde luego en papel blanco no había qué pensar. Lo que me procuraba, al principio, era papel de estraza, en el cual escribí las obras decomisadas. Luego se escamaron y no me entregaban sino media

hoja diaria de ese papel; y esa media hoja arrugada, hecha una bola, de suerte que no pudiera utilizarse sino en los usos íntimos, indispensables, para que la vendían. Hallé medio, no obstante, de escribir gran copia de versos. En caracteres diminutos, casi ininteligibles para ojos extraños, y á veces como en cifra, sin borronear más que las primeras letras de cada palabra, en la angustia de que me sorprendieran los espiones encargados de ojearme, compuse muchos de estos poemas, como *La Comunión de los reos*, *19 de abril de* 1910, *El vuelo de Psiquis*, *Nuevas ilusiones*, *Las alas inútiles*, etc. Temeroso de no entender yo mismo, andando el tiempo, aquellos garabatos, ó de perder los pedazos de papel en que tales geroglíficos se contenían, aprendí los versos de memoria, una vez compuestos; de suerte que la memoria me sirvió para descifrar mis cuneiformes, cúficas ó rúnicas escrituras, al propio tiempo que los signos, más ó menos cabalísticos, me auxiliaban á recordar los versos. Como Jourdain la prosa, había yo inventado una grafo-mnemotécnica. La necesidad es la madre del ingenio.

## X

Con vergüenza escribo este prólogo. En ninguna parte del mundo sucede lo que sucede hoy en Venezuela donde se da el caso raro, más que de una regresión colectiva á la barbarie, del imperio de una minoría bárbara, representada por el elemento andino, sobre las mejores fuerzas sociales de la nación. Es caso

análogo al de la fracción jacobina imponiéndose en Francia, aunque no representase esa fracción sino la violencia y la mediocridad, según lo ha estudiado y comprobado, no sin pasión, Taine.

Los andinos son bárbaros y bandidos en una sola pieza; y su triunfo es el triunfo del troglodita sobre la civilización, el triunfo de la montaña primitiva y conservadora sobre llanuras y costas, más evolucionadas, merced á su contacto con el Océano, que es por donde nos llega la civilización. Desde que imperan cesaron las luchas de ideas con la imposición del más craso y rastrero personalismo. Las escuelas públicas disminuyen. Los conventos reaparecen. La libertad de la prensa acábase. La higiene se descuida. El peculado florece. La diplomacia, tenida por inútil, muere. Nuestra política exterior carece de *esprit de suite*. Los conflictos internacionales se suceden. La deuda nacional se multiplica. El Gobierno se hace monopolista é industrial. Lo que debemos, ó no debemos, se nos cobra á cañonazos. No se fabrica un kilómetro de vía férrea, ni se tiende una milla de alambre telegráfico. No se lleva un solo inmigrante al país. El progreso falto de impulso, paralízase. El capital patrio, sin las garantías del derecho, se esconde : y el capital extranjero no arriba á nuestras playas. No se compra ni un fusil ni un barco de guerra. Reñimos sin razón, con nuestra vecina y necesaria hermana Colombia. La nación se desacredita en el exterior, la libertad interna es un mito; y renacen fórmulas inquisitoriales de coerción.

El abandono de fórmulas, de principios, de cuanto la tradición nos deja como extrato de cultura, herencia de anteriores generaciones, sabiduría acumulada, es absurdo que pone en

indigencia la civilización y terminaría por extinguirla. El perjuicio que nos ha causado el andinaje voluntarioso, depredador, ignorante y sangriento, es incalculable. Se impone para salvación de nuestra cultura que el andinismo invasor vuelva á sus guaridas.

Acaso después de haber producido á la Nación perjuicios de tanta magnitud al salirse de madre, el andinismo obre un bien ya de regreso en sus nativas montañas: el bien de pulir zarpas de tigres, de mejorar el ambiente social montañés, que huele á pólvora y á vapores de sangre, con cuanto debió de aprender durante el éxodo, y con su estancia en el Capitolio. Entretanto, es menester que el hombre de las ciudades, el Centro, hogar de la civilización patria, gobierne la República; y que esa curul donde se irguieron el sabio médico, el virtuoso repúblico Vargas, el Doctor Pedro Gual, prohombre de la Gran Colombia, Soublette y el propio General Guzmán Blanco, no pueda ser mancillada por un microcéfalo como Juan Vicente Gómez, ordura sangrienta, manos de rapiña y de estrangulación. El Gobierno de Gómez es un gobierno contra natura. La naturaleza, lo mismo que la ciencia, enseña el predominio de los aristos.

El desmán de la barbarie no provoca sino reacciones. Estos mismos versos dan fe. No fué sumisión lo que obtuvo de mí la crueldad: fué odio. La injusticia no engendró sino venganza. Observo que en estos versos torna como un *leitmotiv* la esperanza del desquite, el odio que emplaza al victimario, sentimiento, si se quiere, no nada sublime, aunque la ira de un hombre, desde Homero, fué asunto del canto. Á menudo rompe un *¡no importa!* que pronunciado en el tormento no deja de tener su hermosura. No es la resignación que habla: es la venganza que

impreca. Este ritornelo del odio recorre toda aquella parte del volúmen compuesta en la cárcel. En *Némesis* aparece :

*De viles inclementes*
*me acosa la jauría*
*y me clava los dientes...*
*¡No importa! Que algún día,*

*parando sus quehaceres,*
*transidas de quebranto,*
*la almohada sus mujeres*
*empaparán en llanto.*

El motivo se insinúa al fin del soneto *En la ergástula*, y se repite en estrofas de la página ochenta y tantos. Por donde se advierte lo contraproducente de estos métodos andinos de coerción, esta guerra á muerte por divergencia de opiniones, este lecho de Procusto en que se acuesta al adversario de nuestras ideas ó al crítico de nuestras acciones. En la amplitud de la libertad, por el contrario, circulan todas las opinionse como el aire entre las matas de un jardín. Y la brisa lleva en las alas fragancia de limoneros, perfume de jazmines, aliento de rosas. ¡ Qué ráfaga de bálsamos armónicos !

Y cuando hubiera choque entre los hombres libres, ¡ qué importa ! Esas son las contingencias de la libertad, cuyos peligros valen más que el orden á zurriagazos y que la paz de Varsovia.

Por lo demás, ya exclamó nuestro grande y olvidado Cecilio Acosta, apostrofando á la barbarie de su tiempo, hace más de

media centuria : « la sangre no deja sino sangre, las tinieblas sino olvido ,y en la posteridad sólo para la virtud hay honra y para el talento laurel. »

## XI

Cuando arribé á Europa, me cayó entre las manos, en Alemania, un libro reciente de crítica americana, donde su autor, el señor J. Fabio Garnier, á vuelta de elogios profusos y generosos, dice : « En donde Blanco-Fombona es más admirado es en las poesías suyas en las cuales todo es español, verdadero español : ellas nos hacen olvidar las tendencias del autor á ser considerado como discípulo de este ó de aquel poeta francés. » (*Perfume de belleza, pág.* 170.)

Me he quedado perplejo. Yo sé los puntos que calza el señor Garnier en cuanto crítico y conozco la profundidad de su psicología; pero desconcertado quedé, repito, y propenso á imaginar que para uno conocerse á sí propio no necesita conocer la opinión que los demás se formen de uno, al revés de lo que opina P. E. Coll. No se trata de análisis anímicos ni de complicaciones espirituales. Se trata de que las palabras de nuestro castellano común no tienen la misma significación en mis labios que en labios de Garnier. Y esto me ha confundido. ¿Quién estará en la verdad, pensé, él que me tilda de imitar á autores franceses, que silencia, y de confundirme con autores de España, ó yo que me siento á mil leguas, y lo he dicho, de los unos y de los otros?

En vano he pasado toda mi vida declamando contra los car-

neros y los lacayos; en vano he querido hacer una obra personal, no escribiendo jamás, jamás, jamás, desde que tengo sér é independencia literarios, es decir, desde los veinticinco años, sino la verdad de lo que he visto, de lo que he sentido, de lo que he pensado. En vano. Hoy surge á la mitad del camino dantesco un hombre que me enrostra el tender « á ser considerado como discípulo de este ó aquel poeta francés »; y cuando no, de que en mis poesías « todo es español », y no español como se quiera, sino « verdadero español ».

Creo que ninguna página de mis obras autoriza tales juicios ó saca buenas semejantes afirmaciones, no comprobadas, como era de ley, por el ejemplo ilustrativo. Creo distanciarme suficientemente de los peninsulares, á pesar de la lengua y de mi origen, porque yo salgo de las entrañas de mi tierra como el samán de nuestros campos y soy tan de allí como el Ávila y como el Orinoco.

Cuanto á la « tendencia á ser considerado discípulo de tal ó cual escritor francés », yo desafío á mi compañero el señor Garnier á que me nombre un poeta de Francia á quien no digo imite —que los hombres como yo no llevan librea y si padecen cárceles no es por vileza — sino á quien yo me parezca remotamente, ya en prosa, ya en verso. Le juro que no lo encontrará.

Asegurar que la literatura francesa no ha influído en mí es absurdo en que no caigo. Los noveladores, comediógrafos, cuentistas, historiadores y poetas de Francia han ejercido influencia, más ó menos eficaz, durante el siglo XIX, en todos los espíritus cultos de ambos mundos. Á nosotros, americanos, nos han enseñado á escribir con soltura y aticismo. Pero de aquí á que uno se ponga á imitar á este ó á aquel escritor, hay diferencia. Con

ninguno de los poetas de Francia me liga parentesco especial de espíritu. Esto salta á la vista de cualquiera, y si valiese la pena, sería de fácil comprobación...

. . . . . .

Yo no conozco bien entre los poetas franceses sino á los que conoce todo el mundo en todas partes. Los demás los ignoro.

Una cosa me ha llamado siempre la atención : el que los hispanoamericanos que viven á dos y tres mil leguas de París, en sus tierras más ó menos calientes, estén al tanto, no de las novedades literarias extranjeras que valgan la pena de conocerse y estudiarse, sino de las más estrafalarias, grotescas y desconocidas gavillas de *ratés* ó de escandalosos principiantes parisienses que se quieren imponer por el ruido, que se decoran de nombres sonoros, se conciertan en cenáculos de gritones, publican manifiestos iconoclastas y fundan revistas que sólo ellos leen y que viven el espacio de una mañana como las rosas de Malherbe. Yo, que he vivido por aquí luengos años, ignoro todas estas andanzas de baja literatura, y me sorprendo sinceramente y hasta quedo corrido, cuando un jovencito desembarcado de la víspera y que viene á visitarme con su flux de la *Belle jardinière*, me pregunta por plumarios de París, célebres en Bogotá ó en Buenos Aires ó en Lima, cuyos nombres jamás oí yo en Francia, ó discurre sobre las capillas tales y cuales y los futuristas Pedro y Juan.

Otra cosa también me llama la atención en los metecos americanos : la facilidad con que, á los seis meses, se asimilan á París, y el desparpajo con que abominan de sus tierras nativas, y la tristeza con que allí retornan, y la ignorancia absoluta de la historia de Hispano-América, y de su literatura. El que es del extremo Sur sabe apenas quien es Bolívar, ó lo sabe por

Mitre que es peor que ignorarlo; el que nació en el extremo Norte ó en Centro América ó en las Antillas ó Méjico no sabe de San Martín sino que fué un general. En cambio todos conocen al dedillo la historia de Napoleón. Y en sus literaturas no veréis los fuegos de Chacabuco, ni escucharéis el trueno sordo del choque de armas blancas en Junin, sino que las detonaciones de *Arcola* rimaran con la *ola* de alguna playa francesa en malos versos sin nacionalidad.

¿Quién cita en Méjico á Olegario Andrade ó á Ignacio Altamirano en Argentina? ¿Quién recuerda á Cecilio Acosta y á Juan Vicente González en Chile ó á Vicuña Mackena en Caracas? ¿No acaba de hablar Francisco Contreras con desdén, en el *Mercure de France*, del formidable Olmedo?

Retroviniendo á Garnier, que pone en tela de juicio el que yo sea yo mismo y de mi tierra, le diré que se ha convertido en eco de Gonzalo Picón-Febres, á quien cita, y quien expresa en su interesantísima y documentada *Historia de la Literatura venezolana en el siglo* XIX : « Lo que de Blanco-Fombona vivirá es lo que engendra la primitiva fuerte savia castellana que por sus venas corre; de lo ficticio, de lo asaz artificioso, *de lo imitado con singular empeño del francés* se acordarán muy pocos » (pág. 251). Pero Picón-Febres, ese poeta delicioso y prosador de número y caudal, más lírico que crítico, se deja arrastrar sin lucha por el torrente de su verbo. Es historiador de arte más que analizador. El título de su obra (tan discutida entre paréntesis, pero tan digna de estudio y de consulta), es una confesión apreciable mayormente para los que no olvidan el concepto que Picón tiene de la Historia, que el concepto clásico. Pero, en rigor, Picón anda menos descarriado que Garnier. Él juzga toda mi

obra sin olvidar las fechas en que se viene produciendo. Así, el francesismo él lo achaca á mis tanteos juveniles. Cuanto á lo publicado posteriormente, Picón no lo juzga « español », sino muy personal : « en esa parte de su obra — dice, — asume todo el vigor de su temperamento, escribe con su propia pluma y derrama á manos rebosantes la fragantísima savia de la patria, de nuestras selvas y jardines. » (Pág. 25.)

Del francés he tomado, como de otras lenguas, lo que había que tomar : el ejemplo, el ejemplo de amor á la independencia literaria, cosa que se acordaba con mi temperamento. No significa eso imitar á nadie con singular empeño. Odio las escuelas. No he sido ni en política ni en literatura *ista* de nadie. Yo soy yo. Mis propias admiraciones y amistades poéticas, que permanecen intactas, con absoluta y querida ignorancia de recién llegados escandalosos, prueban la amplitud de concepto y la imposibilidad de disciplina ó de librea. En lengua castellana continúa para mí, sobre los cuernos de la luna, Rubén Darío; admiro á Lugones, que está de moda, y á Díaz Mirón (en su primera manera) que no lo está. En distintas literaturas sigo amando á Verlaine, á Moreas, el de *Las Estancias*, á D'Annunzio, sin olvidar á Byron, á Musset, á Becquer, á Heine, á José Asunción Silva, y, sobre todos, á Hugo.

Pero les voy á contestar á Picón-Febres y á Garnier por pluma ajena la más autorizada, ya que por casualidad, al llegar á este punto, recibo de Gómez Carrillo un reciente artículo de Darío que publica en este mismo mes de marzo, *La* bonaerense *Nación*. Dice el poeta :

« Fombona, como todos los que hemos luchado en la batalla lírica de nuestra América española, proclama, con la doctrina

y el ejemplo, la libertad de la expresión y del verso. Erudito y políglota, sabe aplicar recursos de técnicas extranjeras en nuestro idioma, como otros lo hemos hecho, pero aun cuando usa del modo libre á la francesa, conserva siempre un don de ritmo que le es personal. »

Más claro no canta un gallo. También dice el revelador :

« El alma de Blanco-Fombona es líricamente muy compleja. (*Contestación á Semprun.*) Va desde el ímpetu épico hasta madrigalizar con un pétalo de rosa. Aquí una música suavemente rodembachiana, ó un ensueño de sonoridades, ó un « De profundis » que Wilde hubiera comprendido, ó un paisaje de la tierra, ó una estrofa galante, ó un anhelo de lucha, ó una volición de conquista. En verdad os digo que muchas veces encontraréis en la boca de este león el panal de miel de que habla el versículo de la Biblia. »

Cuanto á imitaciones, mejor es no insistir. Á mí me han imitado hasta el modo de caminar y la forma de la escritura. Con las migajas que cayeron de mi mesa, ¡ cuántos no se han hartado, en silencio, allende y aquende el mar !

Muy humilde prosador y más humilde poeta me he considerado siempre. Mi vaso es más pequeño que el de Musset ; pero en mi vaso me acostumbré á beber y no en el de los demás. ¿Orgullo? No tal. Temperamento. ¡ Que me digan de quién son estos dolores que he sentido y cantado ! ¡ Que me digan dónde han visto algunas combinaciones estróficas que ensayo por primera vez en este volumen, y de las que son ejemplos *La comunión de los reos* y *Rosa !*

Mi estética se reduce á un solo cánon, es éste :

Careciendo de imaginación para inventar y no siendo bastante

vil para imitar, transcribo, ya en prosa, ya en verso, de la manera más sencilla y personal que puedo, y con toda sinceridad, lo que pienso, lo que siento, lo que veo. Y de todo lo demás me río.

Debo añadir, respecto á sinceridad, que la mía es absoluta, como que considero esta virtud de mucha entidad; respecto á sencillez, que soy alejandrino, por desgracia, y no ateniense. Las selvas son del trópico. Pegaso da una patada furibundo y empiezan á surtir aguas de una turbia hipocrene.

## XII

He tratado con extensión de mí y de cosas que me atañen en las páginas precedentes. Era forzoso. Este volumen se diferenciará, de juro, de *Pequeña Ópera Lírica*, — hablo de aquellas partes que justifican el título — no tanto por la factura como por el alma de la poesía.

Á la exuberancia de vida anterior, al paganismo de juventud, al goce de existir, al espíritu dionisiaco, ha sucedido el dolor de las persecuciones inmerecidas. « Cada uno de nosotros es sucesivamente, no *uno* sino *muchos* », enseña Rodó. El llanto moja estas páginas, aunque disimulado por el orgullo, no ostensible para no dar rienda al contento enemigo. Entre *Pequeña Ópera Lírica* y *Cantos de la prisión y del destierro*, hermanos que se parecen entre sí, de seguro, ocurre un drama íntimo que ha patinado á este postrer volumen con una pátina de amarillez. Son lo mismo y son diferentes.

En el Museo del Louvre, en París, los visitantes admiran, uno cerca del otro, dos cuadros del divino Leonardo. Son el Baco y el

Bautista. Son idénticos. Ambos en la flor de la juventud, hermanos por la filiación, por el parecido, por el prestigio, por el encanto, — esa gracia misteriosa que rodea y empapa los lienzos de Vinci, — solicitan ambos con igual imperio la atención.

Son idénticos. Y, sin embargo, esos gemelos tienen alma distinta.

De uno á otro rozagante mancebo esboza el alma humana una nueva actitud. Baco es la juventud gentil. En el fondo del cuadro donde triunfa se extiende un paisaje riente de montañas azules. — En cambio, en la obscuridad donde albea la figura del Precursor, se diseña confusamente una sombra de cruz. Con vago ademán del índice apunta hacia los cielos el futuro Bautista; y en los ojos y en la frente de Juan enciéndese la luz del espíritu nuevo. Son distintos.

R. BLANCO-FOMBONA.

París, 1911.

# *DE CLARA ESTIRPE*

—

... Me dan ganas
de beber leche, de domar un potro,
de atravesar un río...

BLANCO-FOMBONA.

¡Qué bien cuadran las ganas de atravesar un río
y de domar un potro, en su espíritu fuerte!
Heráldico y bravío
caballero, que en ímpetus de dolor y de muerte,
ha hecho de la Vida
su dulce prometida
por sobre los obstáculos que levantó la Suerte.

Mas á veces la Vida, como rebelde esclava,
se vuelve contra este combatiente de clava
y armadura de fierro, exclamando :
— Pobreza
de mis diez y ocho abriles es preciso recuerdes...
Dice entonces la Musa con íntima tristeza
la pobreza de antaño entre ramajes verdes

de presentes victorias... ¡ Aleluyas triunfales !
¡ Victorias ! ¡ Alegría !
Entre músicas de oro y trueno de timbales
desfila por las almas su egregia Poesía.

Entre músicas de oro cuando dice la espera
de Margarita; cuando canta la Primavera;
ó cuando deja toda su alma prisionera
en Toledo, una noche de ilusión y de mayo,
y de ensueño y de rayo
pensativo de luna.
En Toledo, ciudad que puede cual ninguna
vieja ciudad de España, hacer de los amores
un canto, una leyenda, un búcaro de flores !
En Toledo, ciudad que adula entre laureles
el Tajo; ciudad muerta bajo haces de claveles
sangrientos, y un perpetuo cantar de ruiseñores...

Cuando el odio le torna de fuego las miradas;
cuando pide á las Hadas
músculos; cuando lucha,
é indiferente escucha
los pasos de la Envidia que larga sus chacales,
rompe su Poesía en trueno de timbales.

Heráldico, bravío,
irguiendo su desprecio más allá de la Muerte...
¡Qué bien cuadran las ganas de atravesar un río
y de domar un potro, en su espíritu fuerte!

Luis CORREA

---

# ANTES DE LA PRISIÓN Y DEL DESTIERRO

—

## Primera Parte

## EL CAMPO FLORIDO

## *CASO DE ANTAÑO*

—

*Á Manuel González Prada.*

Fué el año de 1600.
El Virrey, una mañana
tronaba en Lima. (Aspavientos
de la gente cortesana.)

— Nadie me diga que no.
Mi voluntad es la ley.
(Una ráfaga tumbó
el tricornio del Virrey.)

— Silencio. Que no se advierta
más palabra que la mía...
(Los pájaros, en la huerta,
eran una algarabía.)

Amsterdam, 1902.

## *LA VISIÓN EN EL JARDÍN*
## *Y DENTRO DEL ALMA*

—

¿Cómo pudo pasar? ¿Es un recuerdo,
un sueño, una ilusión? Pero ¡ay! en vano
— hilaciones quiméricas, — me pierdo
en desflecar las brumas con la mano.

La ví del mirador y ya fué esclava
mi paz. Y la visión junto á la puerta
del jardín se detuvo. Penetraba
no en el jardín sino en mi alma abierta.

¡ Oh, clara noche azul, rubia de estrellas !
¡ Oh, jardinito de gladiolas rojas !
¡ Arena blanca do imprimir sus huellas
la viera Diana entre las verdes hojas !

¿Fué un bien? ¿Acaso un mal? Sentí que dijo
elocuente la sangre de mis venas
cuando me vió meditabundo, rijo :
« Cómo es dulce el tañer de las avenas,

la flor de lujo, el vino y el vagueo,
y de las Horas ignorar la huída...
echa una brasa más á tu deseo;
riega de amor el árbol de la vida.»

Caracas, 1906.

## *Á LA NOVIA POR VENIR*

—

*When you really want love you will find*
*it waiting for you.*

WILDE.

*Á Manuel y Antonio Machado.*

¡Oh, tú, flor de esperanza!
¡Tú, la que has de venir para la alianza!
¿Qué tardas? ¿Dónde estás? ¿Cómo no vienes?
¡Ay, blanquearan los rizos de mis sienes
y ya no podrá ser! Te busco cerca,
lejos, al Norte, al Sur. Dime ¿qué alberca
refleja el par de soles de tu cara?

Iré á su fondo aunque en el fondo ahogara
con mi vida el futuro de sonrisas.
Piensa en las frescas y traidoras brisas
que pueden inducirme á yerro cuando
un nombre que no el tuyo susurrando
me enamore de un nombre que no el tuyo.
En la noche de abril radia el cocuyo;
¿no florecen los campos? Es la hora.
Los cielos pinta la rosada aurora.
Mira el volar del polen y del beso
aquí te aguardo, orillas del Permeso,
cantando una canción. La sangre apremia.
Ven, Azucena, Rosa, Juana, Eufemia.
Advierte que futuros paladines,
hombres de presa y canto, no malsines,
aguardan en el tiempo y en la nada
el caer de mi orgullo á tu mirada.

Caracas, 1906.

## *DE LA MAZMORRA*

—

*I am one of those who are made for exceptions, not for laws.*

WILDE.

*Á Pedro de Répide.*

Mi cautiverio es ruda inharmonía
que en la copa del sauce y del maría
los pájaros censuran con su canto.
¡Cómo! ¿El viento en cadenas? ¿En quebranto
el espíritu fuerte? Las prisiones
son para el siervo. Á bravos infanzones,
hombres de presa y corazón de llamas,

la trompeta gloriosa de cien famas
y el campo azul y las empresas nobles :
al celemín los granos, no los robles.
¿Juzgarme? ¿Quién? ¿Por qué? Jesús lo dijo :
« No juzgues »; ¿y será grano de mijo
mi corazón que vil ventorrillero
diga : « podrido está »; y al basurero?
La Justicia es estulta; la Justicia
es el triunfo del miedo y la estulticia
sobre la indomitez y la osadía.
Ruja el león antes que arribe el día
en que talen pastores la montaña.
La pavura, que habita la cabaña,
teme á la fiera de doradas crines,
y alevosa en su miedo y en su saña
quiere trocar los bosques en jardines.

Cárcel de la Rotunda, Caracas, 1906.

## *LA RAMA VERDE*

—

*Á Francisco Villaespesa.*

Tánto verso de oro se engríe
tánta boca de grana sonríe,
tánta gloria conquista el valor,
que el orgullo del macho potente
vacila. ¿Qué lauro á la frente?
¿El de Marte, corona académica, ó beso de amor?

Reducirse, ¿por qué? ¿Ceñirse á pactos?
Que se traduzca en bellos actos
el corazón viril.
Romped, romped casillas; y barajad las estaciones :
vengan al propio tiempo lirios, melocotones;
y que Octubre sea en Abril.

Scheveningen, 1907.

## *LA CASA VACÍA*

—

*Á Don Federico Henríquez y Carvajal.*

Como una casa vieja yace mi alma,
triste casa vacía, llena de angustia;
ya no susurra al céfiro la antigua palma,
y la mata de rosas blancas se mustia.

La gárrula fontana ya no borbota,
el monograma en oro perdió la reja,

y la desierta jaula no se alborota,
y lágrima de lluvia llora una teja.

Claudicante casita blanca y en ruinas
que maltrecha te apoyas al pié del Ávila;
que en lugar de turpiales ves golondrinas,
y en lugar de gladiolas pencas de sávila;

Si algún día un palomo posa en tu alero
con su paloma blanca como una flor,
acoge en tus tejados á ese viajero...
Y ya que á nadie sirves, sirve al amor.

Amsterdam, 1907.

## *MENSAJE*

—

*Al señor de Oliveira Lima.*

Flor de América, amada, al través del Atlántico,
vuela á tí — mira al cielo — como un ave, mi cántico.
En sus alas te lleva un mensaje romántico.

¿Estarás, cuando llegue, de tu cofre escondido
releyendo las cartas, con el pecho oprimido,
y pensando en el novio á deshora partido?

¿Vas al campo? ¿Atraviesas en tu overo los prados?
¿Ves ordeñar? ¿Echaron á pacer los ganados?
¿Recentales y chivos triscan alborotados?

¿Caen mangos de oro picados de azulejos?
¿Pasa nube estridente de pericos al lejos?
¿Los chupa-flores lanzan metálicos reflejos?

¿Deshojas margaritas? ¿En vago anhelo utópico
ves nevar los jazmines sobre el estanque hidrópico
durante la modorra de la siesta del trópico?

¿Escucharás, si es noche, que la turiara canta
como en árabe cuento; y como si la planta
tuviese una invisible, melódica garganta?

¿Te quedaste en la urbe? ¿Cruzas la calle á prisa?
¿Ensayas, al espejo, la gracia de tu risa
para el próximo baile ó el salir de la misa?

¡Quién lo supiera todo : lo que ves; lo que piensas... !
Pero el mensaje escucha : melancolías densas
ensombrecen mi alma. ¡Qué pueriles ! ¡Qué intensas !

Temo que llegue un día cuando mi pensamiento
no vuele á tí, más rápido que las alas del viento,
á arder, como un granito de mirra, en tu aposento.

Temo que llegue un día cuando ya no me turbe
tu paseo en el campo, tu baile de la urbe,
ni el ignorar la idea que tu cabeza curve.

Temo que llegue un día cuando mi corazón
¡oh, amada ! te sorprenda sin temblar de emoción;
é indiferente busque tu nombre en mi canción.

Scheveningen, 1907.

## *ENDECHA*

—

Se quejan almas que no sufren
y prostituyen el dolor.
¿Cómo expresar que peno y lloro?
Mis lágrimas no son de amor;

No me lamento de traiciones,
— desengañarse ya es sufrir; —
ni de pobreza ni de envidia.
¿Por qué, Señor, quiero morir?

Esta inquietud vaga y latente
que rimo, en vez de sollozar,
proviene acaso de que sufro
porque no tengo á quien amar.

París, Enero de 1908.

## *ELEGÍA DEL RETORNO*

—

Aquí estoy ya. Diviso del cuartucho
la vieja tapia del jardín frontero,
concertante de pájaros escucho
que celebran la vuelta del viajero.

Los « pensamientos » anhelosos miran
con sus ojos violados y doncellos;
repican las campánulas; y estiran
las azucenas los nevados cuellos

— ¿Cómo te fué? — pregunta la rampante
trinitaria, y la tímida violeta;
y el chorro de la fuente, y la silbante
brisa. Todos cuestionan al poeta.

Y yo á mi vez pregunto : ¿la rosada
y divina figura, en dónde, en dónde?
¿por qué no cruza el carmen la hamadriada?
El escaño vacío me responde.

Balancea su esbelta aristocracia
el sauce melancólico y silente,
cierra su verde parasol la acacia
y se cubre de lágrimas la fuente.

Caracas, Agosto de 1908

## *INVITACIÓN AL AMOR*

—

¿Qué has vertido en mi alma? No es tristeza
ni placer, ni dolor, ni poesía :
una gorjeante fuente de terneza
mitad amor, mitad melancolía;

Un malestar que de tus ojos fluye
y en mi alma romántica espejea :
un ala de quimera cuando huye,
un rayito de sol cuando alborea.

Si está en tu mano el medicar, sé buena,
arranca esa maleza de dolor,
y que surja la dicha de la pena
como una mariposa de una flor.

*

Como Jesús, amor, da vista al ciego,
voz á los mudos, piernas á los cojos,
y hace vibrar un misterioso fuego
en los dormidos é ignorantes ojos.

Como el Rey Midas, el amor convierte
en oro y hermosura lo que toca;
Moisés, azota el berrocal inerte,
y surgen manantiales de la roca.

Tu corazón era un erial; vivías
no entre rosas de amor, sino entre tojos.
Estabas en tinieblas. No sabías
todo el poder de tus divinos ojos.

Abre el alma al amor, porque mañana
será muy tarde; y triste, arrepentida,
habrás visto pasar, cual sombra vana,
lo único bueno y dulce de la vida.

Caracas, Noviembre de 1908.

## ¿POR QUÉ?

—

*Á René Fiallo.*

¿Por qué no escribo al viejo compañero
la carta prometida?
¿Por qué la pluma al borde del tintero
abandono en seguida?

¿Por qué cierro el volumen de poemas
sin concluir el canto?
¿Por qué no admiro las nocturnas gemas
de la noche en el manto?

¿Por qué el insomnio, la inquietud, el vano
deseo, las quimeras dolorosas?
¿Por qué este suspirar, por qué el temprano
hastío de las cosas?

Caracas, Julio de 1909.

## *MAL DE AMORES*

—

*Á Luis G. Urbina.*

¿Amor? La visita nocturna,
el parloteo en la ventana,
mientras la madre taciturna
sueña en los nietos de mañana.

Celos de todo, sin distingo,
¡cáliz de hiel tan voluntario!
ramo de flores del domingo,
y el regalito del canario;

inquietud, suspiros, quimeras,
que interrumpen nuestra labor;
horas de dicha pasajeras
y largas noches de estupor.

¿Amor? Pesares que no cura
sino la voz de la sirena,
los blancos brazos, la ternura,
de la que causa nuestra pena.

Pero ¡ay! un día la voz suena
de otro modo á nuestros oídos;
los blancos brazos son cadena;
adiós, romances de miel, idos.

¿Qué fué de celos, planto y duda?
¿Do está la divina aflicción?
¿Es ella, nosotros quien muda?
¿Qué pasa en nuestro corazón?

Caracas, Julio de 1909.

## Segunda Parte

# BOLÍVAR

Le chef que les Colonies insurgées acceptèrent, le colombien Bolivar, réunissait tous les dons qui exaltent les imaginations : il était également brillant comme homme, comme orateur, comme écrivain, comme soldat.

Salué du nom de Washington de l'Amérique du Sud, il paraissait à beaucoup d'enthousiastes, supérieur au Washington du Nord. Son nom, symbole d'indépendance et d'héroïsme, exalté en Europe non moins qu'en Amérique, circulait parmi les peuples mécontents et les ranimait.

Émile Ollivier,

(*L'Empire libéral*, vol. I, pag. 122-3.)

## *JURAMENTO DE BOLÍVAR EN EL AVENTINO*

(1805)

> Siguieron luego los dos viajeros á pie, haciendo cortas jornadas, por consejo de Rodríguez, y como único medio — decía éste — de que su discípulo recobrara la salud perdida...
> En el Monte Sacro los sufrimientos de la Patria se agolparon á su mente, y sintiendo en toda intensidad, cayó de rodillas é hizo aquel voto de cuyo cumplimiento es glorioso testimonio la emancipación de la América del Sur.
>
> *Memorias de* O'LEARY.

*Á M. Simón de Schryver, autor de una « Vie de Bolivar »,*

### I

¡Oh, la estación florida! Ya la tierra de Europa,
empapada de sangre y de recuerdos, copa
de lágrimas, esponja de amargura, sonríe.
La primavera triunfa. La campaña se engríe
Suceden el aroma y el canto á los dolores :
por dondequiera pájaros, por dondequiera flores.

## II

Dos peregrinos cruzan los desiertos caminos :
¿á dónde se endereza el par de peregrinos?
Atrás quedó la Francia, resonante de gloria,
que, á triunfo por jornada, de victoria en victoria,
recorrió el continente : París, tierra encantada,
patria de la hermosura, ciudad de cuentos de hada;
Dijón la pintoresca, de campos labrantíos;
como fluvial paréntesis, Lyón, entre dos ríos;
y Chambery la blanca, por el amor famosa.
Atrás quedan la Suiza y sus lagos de rosa
y de azur, sus montañas y florida leyenda,
donde vibra en los aires una flecha tremenda.

## III

Los viajadores cruzan los alpestres senderos.
á pié, bordón en mano. ¿Quiénes son los romeros?
un anciano y un joven : águila y aguilucho :
el viejo mucho sabe; el joven sueña mucho.

Y al transitar senderos de tortuoso meandro,
aquel nuevo Aristóteles y el futuro Alejandro,
la brisa de los Alpes, con gracia femenina,
mezcla cabellos blancos con cabellos de endrina.

IV

Recorren Brescia, Crémona, Milán, Padua, Verona,
la lírica Venecia y la adriática Ancona
y la ciudad de fuerza, de hermosura triunfante,
cuyo nombre es más bello que un terceto del Dante *.
Caminan y caminan. Una mañana adusta,
de neblina, llegaron á una ciudad vetusta,
de elefanciacos muros y vigas con carcoma.
La ciudad de paredes leprosas era Roma.

V

La villa dormitaba, perezosa, en sus ruinas,
al histórico amparo de sus Siete Colinas.

* ¿Deberé aclarar que me refiero á Florencia? En América, donde hasta las explicaciones necesitan de explicación, tal vez. ¿No me echó á perder este verso una revista de allá, quizás por no haberlo comprendido?

De entre las piedras grises brotaba esplendorosa
la belleza de mármol de alguna blanca Diosa,
de una Efigie cristiana, de un Efebo gentil,
centenario, y más fresco que una rosa de Abril.
En la mitad de Roma, gloriosamente feo,
alzaba su esqueleto de piedra el Coliseo;
y la niebla, trocada por Febo en chal de oro,
caía con la gracia de un manto sobre el Foro.

## VI

Los viajantes corrieron á la cumbre Aventina
donde sonó de Graco la palabra leonina,
donde el romuleo pueblo, como en altar propicio,
por libertad y patria se ofrenda en sacrificio;
y el héroe adolescente, sobre la Sacra Loma,
por los recuerdos clásicos, á la vista de Roma,
juró al viejo filósofo cortar la garra ibérica,
y conquistar un día la libertad de América.

París, 1908

## *LA GUERRA Á MUERTE*

(1813)

—

¡Españoles y Canarios: contad con la muerte, aun cuando seáis inocentes!
¡Americanos: contad con la vida, aunque seáis culpables!

BOLÍVAR.

(*Proclama de guerra á muerte.*)

*Á Víctor M. Londoño.*

La patria en cruz y con las venas rotas
cintila, salpicada de rubíes;
las campañas son todas de alelíes
bermejos, y de grana las garzotas.

¿No perecen millares de patriotas
en los dientes de hispanos jabalíes
¿No exponen las cabezas carmesíes
palpitantes, en bárbaras picotas?

Y sucedió un fenómeno celeste
la aurora despuntó por el Oeste :
Bolívar en los Andes parecía...

Y tempestad de purpurinas olas,
en la tumba rodaron aquel día
ochocientas cabezas españolas.

Amsterdam, 1907.

## *BOLÍVAR EN LOS ANDES*

(1819)

—

En más de una ocasión marchó Bolívar por los Andes, hazaña semejante á la de Aníbal, sin parecer atribuirle mayor importancia.

CARLYLE.

*Á Ismael E. Arciniegas.*

Dardea sus agujas de oro la mañana,
y los Andes erigen sus agujas de hielo;
avanza la columna, bajo el oro del cielo,
por la nieve que, heridas, pincelaron de grana.

Ventisquesros y páramos cruzó la caravana;
de jinetes é infantes quedó esterado el suelo;
y de mañana y tarde y mediodía un vuelo
de cuervos, sigue el rumbo de la hueste serrana.

La ventisca emparama; el sol quema. La tropa,
en angustias el alma y en hilachas la ropa,
divisa un horizonte de montañas de nieve...

y el Desconsuelo postra la exhausta caravana.
Pero Bolívar habla; y en una arenga breve
anuncia la victoria de Boyacá, cercana.

Amsterdam, 1907

## *BOLÍVAR Y EL CHIMBORAZO*

(1825)

—

Hasta el mismo Español, á pesar de su sed de guerra y de oro, olvida á Pizarro para aplaudir á Bolívar.

BYRON

*Á Víctor M. Rendón.*

Ya el grupo de Victorias, de Atlántico á Pacífico,
bate las alas de carmín;
y el grupo de Naciones, en un volar magnífico,
sigue al Egregio Paladín.

Mar Caribe, Orinoco, Amazonas de mito,
Ecuador flameante y azur,
vieron pasar al Héroe que, ansioso de infinito,
su caballo endereza al Sur.

Un cóndor de los Andes, desde cumbre sin nombre,
oyó tropel en su confín :
— ¿Quién osaba? Se tuvo. Reconocía al Hombre
de Carabobo y de Junín.

Y cuando el Chimborazo, prepotente y erguido,
bañado en célico esplendor,
miró al Emulo en torno, dió un tremendo rugido..
Rugía de envidia y dolor.

París, 1908.

# CANTOS DE LA PRISIÓN

1909-1910

—

Primera Parte

## LAS COLUMNAS DEL PÓRTICO

## CONTEMPLACIÓN

—

*Á Pietri-Daudet.*

Cese el bullir. Á su camastro corra
la caterva de fieras enjauladas:
retiñeron las nueve campanadas...
El silencio ya impera en la mazmorra.

El guarda en la garita se amodorra;
Selene, muselinas argentadas
tiende, y se trueca en camarín de hadas
el antro de embriaguez y de camorra.

Salgo, entre receloso y taciturno,
y en tanto evoco, al clarear nocturno,
visiones caras ó memorias tiernas,

¡grita el guardián, despótico y sañudo;
y parto, humilde, cabizbajo, mudo,
mísero can, el rabo entre las piernas.

---

## *CANCIÓN Y LUNA*

—

*Á J. Fabio Garnier.*

Diana su blanca lluvia de azucenas
llueve sobre la tétrica Rotunda,
y de añoranza el corazón inunda,
pérfida más que canto de sirenas.

Un presidiario entona cantilenas
al son de la guitarra gemebunda.
Una lírica lágrima errabunda,
falsa quizás, traduce fiel mis penas.

Después, la noche su quietud opiada
brinda al recluso, de morriña opreso,
y al influjo magnético del hada

cándida, sueña el saturnino preso,
ceñir el brazo á la cintura amada
y en corales de miel gustar el beso.

## *NOCTURNO*

—

*Á Saturio González.*

El patio hormiguea. Gentuza cainesca
el ámbito asorda con grita importuna.
Sobre aquella sombra, claridad de luna,
sobre el odio urente, la sonrisa fresca.

Canalla mestiza, batracios en gresca,
de cóprido espíritu y piel de aceituna,
convierten la cárcel en lútea laguna,
y encienden, procaces, del chisme la yesca.

Atisbo y escucho : mancillan á un hombre;
y temo y espero que suene mi nombre...
Trepido y me parto. La duda es peor.

Retorno. Me observan. La charla se mustia;
y sobre su infamia y sobre mi angustia
derrama Selene su casto fulgor.

---

## *EN LA ERGÁSTULA*

—

*Á Arvelo Larriva*

¡Qué vida tan caótica! Siquiera la cisterna
que en lo profundo yace, ve sol por el brocal,
escucha, al son del cántaro, la confidencia tierna,
la charla cristalina, la risa de coral.

Yo, no. Como á estinfálida, como á hidra de Lerna,
me hieren semidioses. ¡Qué suplicio moral!
Vegeto. Así los árboles en sujeción eterna.
Y á veces rompo en flores de pasión y de mal.

Más que la alberca umbrático, flechado como hidra,
sujeto como árbol, mirando en la clepsidra
volar mi escamoteado presente de verdor,

hiel atesoro y lágrimas en mis tesorerías;
que el llanto de mis noches y la hiel de mis días
madurarán futuras cosechas de rencor.

## *LA VISIÓN*

—

Olor de rosas y batir de alas
me despertaron en la celda umbría.
Me despertaron no; que no dormía
Pésima noche entre mis noches malas.

— ¿Quién eres, dí, le pregunté, que exhalas
tal fragancia y frescor, Epifanía?
Tomó en sus manos la cabeza mía
de pelo en greñas y de barbas ralas.

Giró la vista en torno al calabozo;
creí escuchar un íntimo sollozo,
y nada... la visión desparecía.

Algo llevóse y algo me dejaba
Me incorporé sobre el jergón. ¿Soñaba?
Era... la que era. ¡Y no la conocía!

## *EL CAMPO*

—

*Á M. Fr. Veziten.*

Todos opinaban :

— Es un sitio ameno;
grutas encantadas, fuentes cristalinas,
árboles copudos, risueñas colinas,
trigales de oro, campañas de heno.

Si corréis el campo, de rosales lleno,
veréis en las claras horas matutinas
bañarse en las fuentes náyades y ondinas
el muslo azahares, magnolias el seno.

— Partí una mañana de hastío, inclemente,
como tras la Bella-del-bosque-durmiente
hacia el suspirado país de ilusión.

Pero ¡ qué vislumbro ! Las campiñas muertas,
las fuentes sin agua, las náyades yertas...
Ese triste páramo, ¿no es mi corazón?

Segunda Parte

# LA FRENTE EN LAS MANOS

## EL MADRIGAL DE LAS LÁGRIMAS

—

*Á Cármen.*

¡Qué días tan largos!
¡Qué noches tan lentas!
El tiempo no corre,
¡y dicen que vuela!

Sábanas mordidas,
violáceas ojeras,
lapicero roto,
cales de la celda,

pedid á los pájaros
de antiguas leyendas,
la voz encantada,
las alas de flecha.

Volad y decidla
¡cuán mi vida es tétrica!
que si apuro, es lágrimas;
si devoro, penas;

que el dolor aúlla
á mi cabecera;
que apagan mi lámpara
soplos de tormenta;

que sin sus amores
y en cárcel, comprenda,
¡ cuántas penas caben
en tan chica celda !

La hallaréis, si es día,
regando macetas,
ó al piano, ó que borda
petunias de seda;

si la prima noche,
junto á la candela,
en torno á la madre,
la vista al poema.

Mas, tened el ímpetu.
silenciad mis penas;
lágrimas no empañen
sus pupilas negras.

Decidla que pasa
mi vida risueña;
que las ilusiones
doradas me alientan;

que mi negra noche
no es noche ni es negra,
porque en mi covacha
su imagen destella.

No quiero que el llanto
moje su poema,
ó la partitura,
ó la flor de seda.

Aunque preso, triste,
sus lágrimas fueran,
bálsamo á mis úlceras,
y á mi noche, estrellas.

## *BASTARÍA UN TERNO*

—

*Á Tulio M. Cestero.*

Becquer, Heine, Verlaine, vuestros pesares
cupieron en minúsculas canciones :
amargos, negros y profundos mares.

Deshojásteis el ramo de ilusiones,
y en magnífico y rútilo quebranto
moríais, dando luz, claros hachones.

Baste un grito al dolor impropio al canto.
Ayes que arranca el jabalí del odio,
mi pesadumbre no merece planto.

¿Qué más dura, Ugolino, tu episodio,
tu episodio tan trágico y eterno
que se cultiva en apartado alodio

en el campo de horrores del *Infierno?*
¿qué más que puño de tercetos claros?
Mi desventura, ¿no cabrá en un terno?

¿Á qué poema augusto ó versos raros
que blasonan la pena y no la exprimen
con la crudeza de fulgentes faros?

No debo esta amargura á bello crimen,
ni á desespero de inoídas preces,
ni á valla intrusa que difiere el himen.

El saboreo de tan acres heces
consiste en ser, el día desgraciado,
víctima de tardías altiveces,
y que os injurien los que os han temblado.

## *LA GAVILLA*

—

*Á Calcaño Herrera.*

Fué unánime conjura. Les parecía fiero;
les parecía muy audaz.
El penacho era altivo, temerario el acero,
la franca lengua, era mordaz.

Descuidado y cantante, como el agua corriente,
se deslizaba su vivir.
Mediocridad, envidia, juraron esa frente
demasiado erguida, abatir.

¡Y á conciencia cumplieron aquel pacto nocturno!
Por tierra yace el infanzón,
el acero en astillas, el labio taciturno,
alirroto, mustio el airón.

---

## *NÉMESIS*

—

*Á S. Key Ayala*

De viles inclementes
me acosa la jauría
y me clava los dientes.
¡No importa! Que algún día,

parando sus quehaceres,
transidas de quebranto,
la almohada sus mujeres
empaparán en llanto.

## EL TORRENTE

—

*Á Antonio Smith.*

Corre el agua y despéñase, con estériles bríos,
sin beberla rebaños, ni surcarla navíos,
ni mover maquinarias, ni campiñas regar.
Á su vera un demente, la mejilla en la mano
desafía el invierno, desafía el verano,
viendo la crin de espumas del torrente flotar.

Yo soy el obsecado que en verano é invierno
prosigue, el ojo al agua, su contemplar eterno,
mientras la vana espuma se abalanza á la mar.
Yo... Sin mover trapiches ni verdecer conucos,
mientras Juvencia entona sus alegres bambucos,
miro el torrente inútil de mi vida pasar.

## *PUNTO NEGRO*

—

Cayó un presentimiento
dentro del corazón. ¿Nueva desgracia?
¡Un remolino! Y arrebata el viento,
— matiz, perfume, levedad y gracia —
las bermejas corolas de la acacia.

Apoyo las espaldas,
de la prisión contra encalado muro,
á ver las temblorosas esmeraldas
sin los corales del café maduro...
y en su góndola negra ví un zamuro.

## *PALOMITA MENSAJERA*

—

Sobre un arco, en la prisión,
cayó un copito de nieve:
es una paloma breve,
blanca como una ilusión.

Viene del cielo turquí,
abre su pico de rosa
y me dice, cariñosa :
— Está buena, y piensa en tí.

## *IMPOTENCIA*

—

Á modo me arrastro de vil caracol
pantera sin uñas y en jaula, me dan
la gota de agua, la miga de pan,
la estera de esparto y el rayo de sol.

¿Por qué estos rigores del Hado cruel?
¡ Oh, Júpiter ! Dáme ser lluvia de oro,
ser cisne de Leda, ser cándido toro,
volar en un rayo de sol, como Uriel

Tercera Parte

# LA CRUCIFIXIÓN

*Á Eugenio Díaz Romero.*

## *EL VUELO DE PSÍQUIS*

—

*Á Alfredo de Arteaga.*

Me abruma el calabozo. Cruzan mi alma inquieta
pensamientos obscuros;
y rómpense, al abrirse, mis alas de poeta,
contra los cuatro muros.

En sepulcro ¡ y viviente ! ¡ Son eternos los días
y las noches eternas !
Las Penas me acompañan. En mi torno hay espías
y grillos en mis piernas.

Pero al cerrar los ojos : (luz, campo, cielo) miro
romperse las cadenas;
y al brazo de mi novia en el jardín respiro
magnolias y verbenas.

Gozo el aire, las nubes, y el chorro del estanque,
frescor como mi amada...
Alguna cosa es bueno que el Déspota no arranque
ni tenga encadenada.

## *LAS ALAS INÚTILES*

—

*Á Arturo Carricarte*

Ya no soy el que era. Despareció el arranque
de generosa irreflexión;
al chorro de la gárgola, el sueño del estanque
sucede, la calma á la acción.

Adiós, triunfos del ágora y brillantes quimeras,
cantos de frescor juvenil,
amores donjuanescos, viajadoras galeras,
prosas de hierro y de marfil.

Me traiciona la vida. Protervia y desengaños
colmaron mi copa de hiel.
Mi corazón se muere en cruz. Tengo cien años.
¡Qué pronto! Ya no soy aquel

## *LA CRUCIFIXIÓN*

—

En la celda : blancor y calma
en cuadro dos y medio metros,
hay algo en sombra y pena : el alma
del mártir, y sus ojos tetros.

Lo amenazan todos los puños;
de honor le hablan corre-ve-y-diles;
oye escabrosos refunfuños
de los más bestias y más viles.

Tiene sed : que apure su llanto;
hambre tiene : y le dan ponzoña;
se trata mejor al maranto
matalón, comido de roña.

Ni mató, ni robó, ni viola;
en su frente una láurea esplende.
¿Por qué el odio en sañuda ola?
El pobre diablo no comprende.

## *LAS ALAS INÚTILES*

—

*Á Jorge Schmidke*

Caído en la nasa,
devoro sin tasa
amargura.
Mi alma, ¿qué pasa?
alumbra tu casa,
obscura.

Me privan de cielo
Me espían. Recelo.
Y en tanto...
¡sentir este anhel
de vuelo,
de canto!

## *NÉMESIS*

—

*Á Celestino Peraza*

Verdugos blancos, negros, bicolores,
me injurian preso y en quebranto,
roen mi alma, escupen mis dolores,
y beben, gozosos, mi llanto.

¡No importa! El mal da tregua. Acaso un día
el odio vengará mis penas,
acosaré á mi turno á la jauría,
abriré sus impuras venas.

Ese día será el caer de hinojos,
manos juntas y cara fría,
la voz en llanto, pávidos los ojos.
Gozo pensando en ese día.

Ese día será el diente por diente
y ojo por ojo talionario.
Jesús fué Dios. Recordaré inclemente
calle de Amargura y Calvario.

No me censuren los que sólo heridos
fueron por espinas de flores.
Esos no saben lo que son bandidos,
no saben lo que son dolores.

## *LA VARA ABSURDA*

—

*Á Froilán Turcios.*

¡Cómo! ¿En balanza farmacéutica
pesáis el mérito eminente?
Dejad bisturí y hermenéutica;
en el mármol se quiebra el diente.

Aplicad vuestras matemáticas
y medidas de Bien y Mal,
á romas virtudes asmáticas,
untuosa delicia social.

Que al genio lo juzgan sus pares,
los que absuelven, justicia extraña,
por su tempestad á los mares
y por su sombra á la montaña.

## *DIÁLOGO SIN MÁS NI MENOS*

—

*Á Romero García.*

— Señor Alcaide, un lápiz, una pluma.
— ¿Para escribir á quién?
— Á nadie : versos, prosa, nada en suma,
le respondo tocándome la sien.

— Escribir no se puede.
— Bien, el físico,
me consume un dolor
intercostal. No como. Si estoy tísico.
— Aprehensiones de usted, dirá el doctor.

— Por lo menos alguna medicina;
avise en casa, á ver...
— ¡ Y si por sulfonal viene estricnina
y un proceso me va á comprometer !

— Enceldado, sin libros, mustio, enfermo
me muero de aflicción.
— Haga usted lo que yo que como y duermo...
Adiós. Ya sabe : á su disposición.

Cuarta Parte

# SURSUM CORDA

*Á Carlos Reyles.*

## *LA COMUNIÓN DE LOS REOS*

—

*Á mis hermanos.*

Espíritu de fisga me arranca de mi lecho
y tras de la cortina blanca y burda
me pone, callado, en acecho.
En la pestífera zahurda,

sahumada por la gracia divina y el incienso
va á ser la triste y criminosa piara.
— ¿Margaritas á puercos? pienso;
¿cinceladura en guaratara?

Herejes que negastéis, rotundos, el milagro,
ved los prodigios de humildad cumplidos :
¡ Puesto por ese cura magro,
Jesús, en boca de bandidos !

Al aire libre un órgano, el altar y la turba
de tanto Barrabás y tanto Gestas.
El miedo religioso curva
las malintencionadas testas.

Suena el órgano, y trémulo, parte á volar un canto;
se oye distinto : « Santa Madre mía »;
y yo, el ateo, rompí en llanto,
y mi corazón renacía.

¿Qué puedo contra ese órgano de tan hondo suspiro,
contra esa Ave María evocadora?
En medio de mi noche miro
rosada claridad de aurora.

Es mi padre que, en misa, nos frunce el entrecejo,
por nuestro rebullir en los escaños;
á quien creíamos un viejo,
¡ y no contaba cuarenta años !

Es mi madre que borda, contándonos el cuento
de Caralampio ó Caperuza Roja.
Y así nos clava en el asiento
hasta que al sueño se le antoja.

Cierta noche, mi padre, ¡ qué poema leía,
á la luz de la lámpara de cobre !
El pariente rico pedía
un hijo á un matrimonio pobre.

¡Qué revista! (El leyente se tortura el mostacho.)
¿Cuál escoger? ¿Quién no era el preferido?
(Allá adentro lloró un muchacho :
mi madre cayó sin sentido.)

¿Presentimiento? El nido de pájaros hifantos,
de calor paternal y afectos túmido,
sumido en horfandad y llantos
fué desnudez al aire húmido.

Tuvo la culpa el órgano. La tuvo aquella honda
y suspirante racha de harmonía.
Si combate el viento la fronda,
¿no surge la pajarería?

Mientras gime el armonium, y en tanto que tu olíbano
sahumando al crimen, pobre cura, pierdes,
sacudido el cedro del Líbano
rocío esparce y hojas verdes.

## *EL PRESO POLÍTICO*

—

*Á R. Arévalo González.*

Cuando remonta el Orinoco
á vela ó remo, la piragua,
el barco vence poco á poco
el pugnaz ímpetu del agua.

Figura escalas el viajero
para engañar su laxitud...
Y el barco sigue el derrotero
por la inturbada solitud.

Así, mil plazos finge el preso
para abandonar la prisión;
y, defraudado, el triste Creso
crece en tesoros de ilusión.

Fija un día... ¡Vana esperanza!
Mas, sumiso á optimista ley,
mira de nuevo en lontananza...
El Rey ha muerto. ¡Viva el Rey!

## *EL CABALLO DEL ESCUDO*

—

*Á Gil Fortoul*

¿Á dónde vas, caballo del Escudo,
que nunca cesas de correr?
Los cóndores andinos te mandan su saludo
y el huracán, tu hermano, te ve desparecer

¿Á dónde vas? ¿Mensaje del destino
por acaso vas á cumplir?
Cruzas llanos y montes en tu vuelo aquilino,
y cándido, del fango, se te mira salir.

¡Jamás, jamás te canses! Y recuerdes
que el Hombre del misterio, Él,
un día, en Carabobo, entre las palmas verdes,
te palmoteó y te dijo: vuela, vuela, corcel.

## 19 *DE ABRIL DE* 1910

—

...absoluta posesión de nuestros derechos, que recobramos justa y legítimanente desde el 19 de Abril de 1810.

ACTA DE INDEPENDENCIA

El 19 de Abril nació Colombia.

BOLÍVAR

*Á Jesús Semprún.*

### I

Hoy se cumplen cien años que el grupo de patricios,
fogosos é inexpertos,
fué al ara de un Moloch voraz de sacrificios :
la Libertad, — el corazón y los brazos abiertos.

Y cruzó, cabalgando sus quimeras,
por prados de engañifa y cielos colusorios,
cuando un león, rodeado de panteras
surgió de antiguos, óseos promontorios,
desarzonó jinetes y desaló quimeras.

Los bravos, á pie firme, pugnaron con las fieras.

Y al luchar con las bestias feroces,
en medio de la noche obscura,
ganaron instintos atroces
y perdieron la humana figura.
Y eran seres de fábula, bregantes noche y día :
hombres-tigres, hombres-águilas, centauros,
y lanceros con ímpetus y fiereza de tauros.
Á su embestida ruda tremaba el paraje,
y el abismo ascendía
en rojo oleaje.
Mas el genio de esta raza de América, taciturna,
¿por qué en vez de llorar, sonreía,
á la hecatombe nocturna?

## II

¿Cumplir sabemos el deber de hormigas
y abejas que suceden á leones?
¿Son de oro, de plata,
de rosas ó de espigas,
los recién añadidos eslabones
á la cadena ilímite que ata
una con otra á las generaciones?
Nuestra obra, ¿cuál es? ¿Jugoso fruto
de amor, inteligencia y constancia,
á próceres digno tributo?
¡Triste clave de aleve destino!

Mas, ¿qué orobias quemamos al recuerdo leonino?

De la heredada hacienda
usufructuarios y custodios,
¿cuál será nuestra ofrenda?
¿Nuestros odios?

El vástago del siervo
hoy adueñado de la cosa pública,
por atávico juego de artes viles,
sume en prisiones y dolor acervo
al retoño de eupátridas,
púgil, aeda, flor de la República,
para la Libertad, Aquiles.
El vil proxenetismo y la lengua que adula
y la pluma que lame;
lo que es ruin, cuanto es infame :
fraude, traición, calumnia, demasía,
triunfa y resplandece en el solio;
con bizcas artimañas estrangula
á la industria, ya vencida, el monopolio;
la avaricia, vieja sórdida, especula,
en deshonestos tráficos se enreda
y convierte la patria en almoneda.
Manirrotos de hiel, pródigos de veneno,
carentes de virtud, avaros de sacrificios,
herimos de la patria el seno :
tomad la sangre en oblación, patricios.

## III

¿Cómo aplaudir que llegas
á núbil estación, india egoísta,
si el seno virginal á nadie entregas,
y entre Orinoco y Andes; tras mar y monte y vegas,
te escondes del Mundo á la vista?
Corre, sal á tu playa,
remángate la verde saya,
y líbrate á los falos gigantescos
de los Pueblos viriles;
que los retoños frescos
broten á miles.
Surque tu Río, escale tu Montaña,
coma á tu mesa y en tu cama duerma
toda la gente extraña.
Lo que tú das no merma,
y el ajeno vigor queda en tu entraña.

Pero no olvides quién tu carne acecha
como sátiro á ninfa, bajo el ojo de Apolo,
al rapto presto en un abrazo brusco.
Cierra tu puerta sólo
al yanqui patarusco.
Con la imbécil palabra de « derecho » en la boca,
y las manos inermes,
reclinas la cabeza en la caribe roca
y descuidada duermes.
¿Á qué dormir? Recuerda del Indio del Anáhuac
el lecho de llamas lesivo;
y que la antigua lanza de *Las Queseras* y *Mucuritas*
es impotente contra el acorazado cerdo agresivo.
Anémica é inerme, lejos de tus hermanas continentales,
y ciega de confianza que ninguno se explica,
ves (¿pero ves?) cuál soplan las rachas boreales..
No olvides el consejo : *el hierro fortifica.*

## IV

¡Á qué decirte, patria, Excelsior! ¡Á qué decirte: avante!
Menguada al Sur, menguada en el Atlante,
á Poniente y Levante,
Padres, ¿la veis? ¿Es esta la amazona
de gorro frigio y épica tizona,
que recorrió de América el proscenio
en pos de Aquél que recibió en la cuna
el don saturnino del genio?
¡Decrépita y en flor! ¡triste fortuna!

Perdida la memoria
de sus días de gloria,
é indigna de su historia;
despechugada, y ojos de vino sobre el túnico,
denuncia de su estado meretricio,
os rendirá por homenaje único
te-deums, cañonazos y fuegos de artificio.

Y juzgará en cohetes su débito saldado
cuando la turba admire, en ulular sonoro,
entre bombas azules y bermejas,
volar un enjambre de abejas,
caer una lluvia de oro.

Padres, en nombre de la patria os ruego,
vuestro perdón, ¡ porque ha sufrido tanto !
Trasunto de su llanto,
aceptad esas lágrimas de fuego.

## *SARCASMO DE LAS ESTRELLAS*

—

*Á Jacinto López.*

Clérigos que explotáis la vida futura,
señoras que amargáis la vida presente,
mercando, unos y otras, falsa ventura,
críticos que en toda manzana claváis el diente.

Si supiérais lo que mi corazón abriga
hacia todo el que juzga, hacia todo el que engaña,
todo el que vende y todo el que castiga,
sin más objeto que enredar la maraña.

Vuestro mundo es ridículo, por absurdo,
como hijo de un corazón bizco y zurdo
que camina hacia atrás, como los cangrejos.

¿Vuestra moral? — Rasura. Descréntense montes.
Y no advertís que sobre los chatos horizontes
desde el azur altísimo parten irónicos reflejos.

## *CORAZÓN ADENTRO*

—

Her voice was like the voice of his own soul in the calm of though.

SHELLEY, *Alastor*

*Á Fabio Fiallo*

Llamé á mi corazón. Nadie repuso.
Nadie adentro. ¡Qué trance tan amargo!
El bosque era profuso,
negra la noche y el camino largo.
Llamé, llamé. Ninguno respondía.
Y el murado castillo taciturno,

único albergue en el horror nocturno
era mi corazón. ¡ Y no me abría !

¡ Iba tan fatigado ! casi muerto,
rendido por el áspera subida,
por el hostil desierto
y las fuentes saladas de la vida
Á sol de fuego y pulmonar garúa
ya me atería ó transpiraba á chorros;
empurpuré las piedras y los cardos;
y, á encuentro por segundo, topé zorros,
buhos, cerdos, panteras y leopardos.
Y en un prado inocente : malabares,
anémonas, begonias y diamelas,
ví dos chatas cabezas triangulares
derribar muchas ágiles gacelas.
¡ Qué hórrido viaje y bosque tan ceñudo !
La noche, negra; mi cabeza, loca;
mis pies, cansados; el castillo, mudo;
y yo toca que toca.

¡Por fin se abrió una puerta!
Toda era sombra aquella casa muerta.
Tres viejecitos de cabello cano
y pardas vestiduras de estameña
me recibieron : — adelante, hermano.
Parecidos los tres. La blanca greña
nevaba sobre el hombro á cada anciano.
Al fondo, en una esquina,
luchaba con la sombra un reverbero
de lumbre vacilante y mortecina.
— Somos felices, dijo el uno; el otro :
resignados; aquí, dijo el tercero,
sin amigos, sin amos y sin émulos,
esperamos el tránsito postrero.

Eran Recuerdos los ancianos trémulos.

— No es posible, pensaba. ¿Es cuanto queda
de este palacio que vivieron hadas?
¿dónde está la magnífica arboleda?

¿en dónde las cascadas;
los altos miradores;
las salas deslumbrantes;
y las bellas queridas suspirantes,
muriéndose de amores?

Y me lancé á los negros corredores.

Llegué á las cuatro conocidas puertas
por nadie, nunca, abiertas.
Entré al rojo recinto : una fontana
de sangre siempre vívida y ardiente
corría de la noche á la mañana
y de mañana á noche, eternamente.

Yo había hecho brotar aquella fuente.

Entré al recinto gris donde surtía
otra fontana en quejumbroso canto;

¡el canto de las lágrimas! Yo había
hecho verter tan generoso llanto.
Entré al recinto gualda : siete luces
siete cruces de llama fulgecían;
y los Siete Pecados se morían
crucificados en las siete cruces.

Y á Psíquis alas nuevas le nacían.

Rememoré las voces del Misterio
— Cuando sea tu alma
de las Desilusiones el imperio;
cuando el sufrir tus lágrimas agote;
cuando inmisericorde su cauterio
te aplique el Mundo, y el Dolor te azote
puedes salvar la puerta tentadora,
la puerta blanca, la Tulé postrera.
— Entonces, dije, es hora.
Y entré con paso firme y alma entera.

Quedé atónito. Hallábame en un campo
de nieve, de impoluta perspectiva :
cada llanura, un ampo;
cada montaña, un irisado bloque;
cada picacho, una blancura viva.
Y de la luz al toque
eran los farallones albicantes
chorreras de diamantes.
— ¿En dónde estoy? me dije tremulento;
y un soplo de dulzuras teologales
trajo á mi oído regalado acento :

— Estás lejos de aquellos arenales
ardientes, donde surgen tus pasiones
y te devoran como cien chacales.
Lejos de las extrañas agresiones;
á estas cimas no alcanza
ni el ojo inquiridor de la acechanza
ni el florido puñal de las traiciones.
Son ignorado asilo

al tigre humano y á la humana hiena;
á los pérfidos cantos de sirena
y al aleve llorar del cocodrilo.
Llegas á tierra incógnita;
á tierra de simbólicas alburas,
toda misterio y calma.
Estás en la serenas, en las puras,
é ignoradas regiones de tu alma.

Y me quedé mirando las alturas.

---

## *NUEVAS ILUSIONES*

—

*Á M. Frederic Raisin.*

Mi alma... ¡Y qué visiones! El tifón de la guerra
dejó su huella carmesí.
Entre arbustos chafados y casucas por tierra,
salpicaduras de rubí.

El acequia sin agua, sin frutales el huerto;
y al pie de florido balcón,
esparcida la crencha, desnudo, blanco, yerto,
el cadaver de una Ilusión.

Y dos buitres de ébano sobre la ebúrnea presa
que yace, los brazos en cruz,
pican la flor del labio, los pezones de fresa,
y las pupilas de abenuz.

Sangrisalpican todo. Y mientras que su hambre
sacian, en cuerpo de azahar,
de las gotas de púrpura rompe fúlgido enjambre
de mariposas, á volar.

Quinta Parte

# LAS ERINNIAS

# *LAS ERINNIAS* (*)

—

*Á Felipe Valderrama y Rogerio Illaramendi.*

Cuando calzó el coturno, en la ciudad de Palas,
por vez primera, el coro de las vírgenes malas,
trepidó el auditorio de las vírgenes buenas,
y abortaron, en cinta, cien matronas de Atenas.

* El volumen de Paul de Saint-Victor sobre ESQUILO, traducido por el Sr. M. R. Blanco-Belmonte, me cayó entre las manos estando yo preso. De aquella obra salieron estos versos. Muchas imágenes son tomadas del original casi al pie de la letra. Estos versitos no valen nada. Los pongo para llenar espacio. Ni son míos en rigor de verdad, ni corresponden á mis gustos y cultivos personales de literatura. Para distraer la inacción de la cárcel los compuse. No me hubiera atrevido á publicarlos sin cuatro palabras de explicación.

R. B.-F.

Diosas de la venganza, perseguían á Orestes :
la cintura de grana ciñe sus negras vestes;
por cabellera víboras; el plutoniano rostro,
macilento, bezudo y purpurado en ostro;
el corpacho esquelético, la mirada horrorosa,
y en la siniestra blanden un hacha sulfurosa.

Son la Justicia antigua, son el diente por diente,
son el ojo por ojo de talïón furente; —
quieren beber la sangre del tetro parricida
y al que infligió la muerte arrebatar la vida.
Pávido, Orestes corre, perseguido hasta Delfos,
por iracundas manos y famélicos belfos,
cuando, entre furia y llanto, Apolo se interpone
amenazando á Alecto, Megera y Tisifone.

— No querráis que mi arco de oro
os arroje la flecha de plata;
y extermine el lucífugo coro
sitibundo de sangre escarlata.

Pronto, fuera del templo sagrado,
no injuriéis la mansión apolínea.
Id al rojo pretorio, manchado
con la sangre inocente y carmínea.

Mortíferas, veloces, — tal granizo de balas,
las tenebrosas parten á someter á Palas
la querella. Y el coro subterráneo argumenta
cuando la blanca diosa su majestad presenta.
Del Escamandro acude la diosa fulgurante,
los claros ojos vívidos, el cabello flotante,
serena, y refirmando su olímpico decoro,
la egida porta, el casco y la lanza de oro.
Es la augusta, la sabia, la fuerte, la gloriosa,
nace en cuna de ideas, y al advenir la diosa,
un trueno la saluda, la glorifica un lampo,
y breve lluvia de oro rutila sobre el campo.
Cuando Atenea fúlgida su majestad presenta
el coro de las Hijas de la Noche argumenta :

— Atenea, invocamos tu nombre;
dictamine la virgen superna.
Quiere Apolo robarnos á un hombre
que ha vertido la sangre materna.

Vibre, Palas, tu olímpico enfado,
en honor de tartárea justicia,
que perezca el atrida malvado,
que sucumba á furente sevicia.

Parricida en la griega comarca
nos da el negro licor de sus venas;
que ejercer nos permite la Parca
las más crudas vindictas helenas.

Si recientes deidades suprimen
el derecho de diosas vetustas,

y dan alas y zarpas al crimen,
en desdoro de leyes augustas;

que derramen ponzoña los ríos,
que agonicen ciudades jocundas,
y los campos se tornen eríos,
y las madres de Grecia, infecundas;

que la Hélade, atroces delitos
dejen tétrica, exánime, rubra,
y ciudades y campos malditos
nuestra madre, la Noche, los cubra.

Las Furias dieron término á sus aullidos raucos,
alzó los ojos Palas, magníficos y glaucos,
llenos de claridades y dulzuras celestes,
y falla en pro del crimen, — y absuelto queda Orestes.
Sabiduría excelsa, los espíritus burdos

no alcanzan tus eximios y lógicos absurdos,
tu recta hecha de curvas, tus fallos de misterio,
ni que apliques el bálsamo en lugar del cauterio.

Las Erinnias aúllan. Atenea las doma
con fierezas de tigre y arrullos de paloma;
y, linceando almas, zahorí de corazones,
con palabras de azúcar las ofrece mil dones.

— Cesad vuestras inútiles querellas;
no amenacéis exterminar el mundo;
las cosas buenas son las cosas bellas;
campo de sal, el odio es infecundo.

Dulcificad vuestro rigor de averno,
Pandora fué quien esparció los males;
á más, ¿cómo infligir castigo eterno
á los irresponsables y mortales?

Compadeced las lágrimas ajenas...
Si en vuestro duro corazón de Paros
halla cabida la piedad, Atenas
templo de mármol os promete alzaros.

Sed propicias, ¡ oh, vírgenes ! á bellas
nubilidades y felices bodas;
y os rendirán tributo las doncellas
áticas, espartanas y de Rodas.

Tendréis primicias, oblaciones, gaje
de piedad y de amor; y los connubios
os brindarán, en férvido homenaje,
púrpura viva de corderos rubios.

Dádivas dulcifican la justicia más brusca.
Las Erinnias aceptan de Atenea corusca
las promesas magníficas, los divinos favores,

el templo, el culto, á trueque de volverse mejores,
de poner en sus fallos miseración piadosa
y en sus almas nocturnas un destello de rosa.

La ciudad bulle. Noble solemnidad inicia
á Atenas en el culto de la nueva justicia.
El cortejo desfila de las Panateneas
en torno y á la zaga de las nocturnas deas,
al resplandor de antorchas; prosiguen los ancianos
del Aréopago, ramas floridas en las manos;
las matronas, de púrpura; las doncellas, de rosa,
guirnaldas de narcisos en la frente olorosa;
sacerdotes que guían ovejas consagradas
á las recientes árulas; y pueblo en oleadas.
Palas al frente marcha; y en canoras leticias
las Erinnias, ya Euménides, son á Grecia propicias :

— Zeus, el Padre, á la comarca helénica
no deje de su mano;

Palas la inspire; y Démeter terrénica
gráne la espiga y amarílle el grano.

El rústico no mire en su horizonte
la nube del desastre;
trasquile ovejas, armadijos monte,
prense lagares y colmenas castre.

La abundancia le dé su cornucopia
á todos los graneros;
rinda la oveja su vellón en copia
y alumbre, en cada parto, dos corderos.

*

Y descalzó el coturno, en la ciudad de Palas,
el coro de las Hijas de la Noche, antes malas;
calmóse el auditorio de las vírgenes buenas
y las matronas grávidas aplaudieron serenas

# CANTOS DEL DESTIERRO

1910-19...

—

PRIMERA PARTE

## ALMAS ARDIENTES

## *ROSA*

—

*Á Max Grillo.*

### I

¿Qué sucede en tu alma, Rosa?
¿por qué, voluble mariposa,
tu fantasía migradora vuela,
mientras cambur y alpiste das á tu paraulata,
ó riegas las macetas, ó ensayas la sonata,
cuando retornas de la escuela?

Tú no sabes por qué suspiras,
ni por qué, al cerrar ojos, miras
á Juan, á Pedro, amigos de tu hermano.
¿Prefieres al moreno, tal vez al pelirrojo?
Sabes que los prefieres al maestro patojo,
á tu paraulata y al piano.

## II

— Amor mío, Rosa, te adoro;
y el bigote de seda y oro
hizo leves cosquillas en tu oreja.
El cultivado sueño granaba sus espigas:
¡primer amor confeso! ¡Y delante de amigas!
Te pusiste (¿adrede?) bermeja.

¿Por qué interrumpes la novela,
y pasas las noches en vela
y te reprochas dar tu blanca mano?

Displicente á los ósculos, te preguntas : — ¿Es eso
el amor? ¿amo al novio?
— Sí; prefieres su beso
á la paraulata y al piano.

## III

¡ El deber ! ¡ Fruta desabrida !
Y á gustar la fruta prohibida,
¡ con cuánto ardor limaste el cautiverio !
El *rendez-vous*, ¿recuerdas? la joya que perdiste,
la angustia placentera... Pero, ¿por qué estás triste,
alma de pasión y misterio?

Tu sed, ¿qué fuente la mitiga?
¿Qué anhelo insaciable te hostiga?
¿Por qué ese hervir, neurosis de océano?
Como el tábano á Ío, te persigue un anhelo
de absoluto, de amor, de imposible, de cielo...
¡ Cuán lejos paraulata y piano !

## IV

¿Qué sucede en tu alma, Rosa?
¿por qué, voluble mariposa,
tu fantasía migradora vuela,
cuando la falda corta y el jubón escarlata
ves de otra Rosa cándida que ensaya la sonata,
no bien retorna de la escuela?

Tú no sabes por qué suspiras,
ni por qué, al cerrar ojos, miras
á Juan, á Pedro, ya el cabello cano.
¿Amado los hubieras? ¿Erraste tu camino?
Rosa oye en el crepúsculo de aquella tarde el trino
de otra paraulata y el piano.

París, 1910.

## *CURA DE ALDEA*

—

*Á Juan Ramón Jiménez.*

El curita abre la ventana,
y la brisa de la maña na
travesea con la sotana.

Ajuar pobre : la cama, ruda;
enla pare d, blanca y desnuda,
el Crucifijo sangre suda.

Sobre el baúl un calendario
que señala el hastío diario;
en la mesa, abierto, el breviario.

Y al pié de la cama de fierro,
en la alfombra, raído perro
ladra á las botas de becerro.

El ama, en la próxima pieza,
tose su diana; y luego empieza
sus diligencias de pereza.

Llovió en la noche. Sobre el fango
mira el cura bailar un tango
á una monita atada á un mango

— Dios mío, es hora, piensa el cura;
y corre al templo con presura.
La gente, en la Iglesia, murmura.

¿Por qué, mientras reza la misa,
echa á volar su alma insumisa;
y por qué la concluye á prisa?

Torna á su pieza el triste abate;
su corazón de prisa late,
apenas gusta el chocolate.

Al jardín baja : plantas bellas
cerca con cascos de botellas,
no las escarben las estrellas

de la gallina; poda, injerta,
quiere fatigarse; y la puerta
de los sentidos, ¡ siempre abierta !

¡ Veinticinco años tiene apenas !
La sangre dentro de sus venas
le canta un canto de sirenas.

Ve otro jardín... Sobre alelíes,
entre esmeraldas y rubíes,
vocalizan los chirulíes.

Corre la falda conocida
entre las matas : — la garrida
como un durazno de vellida.

¡ El corazón le brinca al cura !
¡ cuánto lo amarga la dulzura
de aquella núbil morenura !

— Piedad, señor, musita el preste...
¡ Y Dios permite que moleste
el Demonio á un alma celeste !

En la tarde visita al pobre :
le deja el óbolo de cobre,
y le enjuga el llanto salobre.

Ó conduce el viático al triste
que á morir joven se resiste
y de fortaleza lo inviste.

¡ Y sufre, él, que daños mitiga !
Él, generoso, paz mendiga;
una quimera al manso hostiga.

Apenas entorna los ojos
á sus plantas mira, de hinojos,
— senos duros y labios rojos,

y perfume de tentación, —
á la hija de confesión
que ha turbado su corazón.

París, 1910.

## *VISIONES CREPUSCULARES*

—

*A Ismael López.*

— ¿Miras?
— Sí : veo cúpulas bizantinas,
áticos porches y gótica fachada,
ríos de oro, cascadas de esterlinas,
todo el poniente...
— ¿Nada más miras?
— Nada.

— Un trono fulge. Lo portan cuatro toros
de alas, bisulcos, tiarados y barbudos.
Hombres lo siguen. Van en revueltos coros,
jóvenes, viejos, de peplum y desnudos.

Flores por cetro, sonrisa por espada,
goza en la nube de halagos que lo inciensa
el idolillo... ¿Ves?
— No diviso nada.
— Si no ves, óyeme. Yo escucho lo que él piensa.

## II

— Desjarreto los ímpetus, desalo fe, y escupo,
bagazo desosado y melancólico,
á quien caer entre mis garras cupo.
¿Quién soy? El ídolo diabólico.

Con llamas en la frase, la médula y los ojos,
miriadas de apuestísimos garzones,

á mis pies, suspirantes y de hinojos,
me ofrendan, fuertes, sus riñones.

De mis aras alejan prejuicios á unos pocos,
cubiertos por capucha de estameña;
y ebrios de amor y de ventura locos
tornan, al ver mi faz risueña.

Mi ponzoña es nectáreo. Place mi mordedura.
Quien no cae en mi garra de homicida
desesperado espera la ventura
que en ignoró en ésta, en otra vida.

## III

— Cual las preciosas piedras inteligentes
del sueco místico se hacen signos flamantes,
son sus pupilas crisopacios videntes;
su boca : perlas, rubíes gorgeantes;

coral su ombligo. Sobre gruta bivalva,
color de rosa leo el verso del vate,
idea negra con caracteres de alba :
*lasciate ogni speranza voi ch'entrate.*

Se calla el hombre. Su joven compañera,
toda ojos negros, faz de amor, labios rojos,
lo cubre á besos. El hombre se exaspera :
— Sella mis labios — ruge, — venda mis ojos.

París, 1910

## PASCUA BUCÓLICA

—

*Á Amado Nervo.*

La casuca, á la vera del camino
se asoma, acurrucada contra el cerro;
y las plantas le lame cristalino
arroyo, fiel y manso como un perro.

Y, parasol de trémula esmeralda,
acacia de corolas carmesíes
asombra, en la canícula, su espalda,
y tapiza el terruño de rubíes.

De noche, al pie del árbol, la trigueña
hija del labrador obsequia al primo
con las ternuras de su voz risueña
y las toronjas de su seno opimo.

Fué por Pascua la media noche trágica
é imprudente de amor. ¡Qué nochebuena!
Bajo la fronda taracea, mágica,
arabescos la clara luna llena.

Tras holgorio pascual con los peones
viene el padre, camino del trapiche,
medio borracho y dando trompicones.
Al resplandor lunar canta el moriche.

El rústico advirtió manos salaces
bajo el corpiño, tras las dulces pomas,
cual pareja de águilas voraces
tras pareja de tímidas palomas.

Sonó un disparo. El primo se moría
en los brazos temblantes de su novia.
Calló el moriche; y espumando huí
el arroyo, con súbita hidrofobia.

París, 1910

Segunda Parte

# Á LA VENTURA

## *RECORDANDO*

—

La mano en la mejilla y en llanto el pensamiento,
á la borda sombría del vapor...
La voz del mar, la música del viento,
á babor, á estribor.

— Adiós, me dijo, trémula y divina,
y á la orilla del agua echó á llorar...
¿Quién pasa? Una figura femenina
regando carcajadas sobre el mar

Á bordo, Agosto 1910

## IDILIO

—

Brua de perl, rotamas... Lamparitas
de oro, en el azur;
y la luna cegando margaritas
con su naciente y pálida segur.

El alma de Chopín llora en el piano...
la doliente canción
surge amorosa de la blanca mano,
y muere en la penumbra del salón.

La soledad en torno. Un capitoso
aroma de azahar;
tendido en la otomana el perezoso,
y la ventana abierta sobre el mar.

Cádiz, 1910.

## *LA NOVIA EN LA PLAYA*

—

Entre la mar de zafiro
y la cumbre de esmeralda
la postrer cosa que miro
es la nieve de su falda.

Mi vida, alegre locura,
hoy ya con nada se alegra :
aquella nieve tan pura
dejó una sombra tan negra...

Hamburgo, 1910.

## *LA DONCELLA Y LA GIRALDILLA*

*(Longfellow)*

—

*Á Juan Santaella.*

— Giralda, gallo del viento,
de hermosa pluma dorada,
díme : ¿qué ves tan atento
desde la torre empinada?

— La gente en las calles miro
la plaza, la costa, el puerto,
y sobre el mar de zafiro
las barcas á cielo abierto.

Y ahora un buque viajero
diviso, al muelle cercano;
y á su bordo un pasajero
con un pañuelo en la mano.

Bate el pañuelo el viajante,
y á tierra, en los aires ledos,
manda besos, anhelante,
con la punta de los dedos.

— Es mi novio ese viajero,
que deja la vida errátil,
enamorado y sincero,
y no, como tú, versátil.

— ¿Qué yo cambio con la brisa?
Me han hecho para tornar;
y provocaría risa
yo, veleta, sin cambiar.

Rubia de miradas fieras,
hoy con tu novio al juntarte,
me agradecerás, de veras,
el que mire hacia otra parte.

Hamburgo, 1910.

## *LA FLECHA Y EL CANTO*

*(Longfellow)*

—

*Á Udón Pérez.*

Disparé una flecha al viento
y no se dónde caería;
¡ quién aquel volar violento,
de la flecha seguiría !

Suspiré un canto en el viento
y se perdió, no sé cuándo;
¡quién oye el sutil acento
de un canto que va volando!

Más tarde encontré en un roble
la saeta, sin quebrar,
y dentro de un pecho noble
entero encontré el cantar.

Hamburgo 1910.

## *FLOR*

—

*Á Lucas T. Gibbes.*

La gente empieza á murmurar.
Flor sus quince apenas tendría,
y ve lo que nadie veía
de noche y al oro solar.

Llaman al cura del lugar
para que exorcise á la impía.
La gente empieza á murmurar.
Flor ve lo que nadie veía.

La asperje y se pone á rezar
el cura y la tacha de impía.
mas la saluda : hermana mía,
el poeta, el hombre solar...

La gente empieza á murmurar.

París, 1910.

## *ASÍ HABLABAN LOS PROFETAS*

—

*Á M. S. Pichardo.*

Á la margen de un río se encontraron dos hombres,
nimbada la frente de luz;
se estrecharon las diestras, se dijeron sus nombres :
eran Zoroastro y Jesús.

— ¿Adónde vas?, pregunta el joven al anciano.
Y Zoroastro respondió :
— Á vindicar mi espíritu de la calumnia, hermano;
á hablar de deber y de amor.

— ¿Te calumnian? ¿Qué dicen?
— Mi verbo fué simiente
que á cuatro vientos esparcí :
colmadas ví las trojes, el campo floreciente,
el labrador era feliz.

Hoy... montaña de siglos, piedra de sepultura,
el tiempo echó sobre el Iram.
Mi espíritu es la flámula que en el cráter fulgura.
Es la antorcha en la obscuridad.

Los que á distancia advierten la llamarada viva
la juzgan voraz y cruel.
Sí : soy como la llama : puro, ardiente, hacia arriba
se me mira siempre tender.

Que por las zarpas, dicen, por músculos y fauces
estoy contra pluma y canción;
por redes contra peces; por hachas contra sauces;
contra el cocuyo por el sol.

— Es horroroso, hermano. ¡Cómo aplaudir que vibre
el dolor sobre tanto ser;
y abogado de lobos, procurador del tigre,
lanzar á Caín contra Abel!

Los fuertes son los menos; y las garras siniestras
no pueden todo exterminar.
Dios protege á los débiles. Las lágrimas son nuestras.
El Dolor es nuestra heredad.

— Tú eres de ayer, Profeta. Y en tus pueblos anidan
tus enseñanzas. Feliz tú.
Á mí me desfiguran, me adulteran, me olvidan.
— Á mí también, dijo Jesús

# EL CASTIGO DEL ÁVILA

*Á Maracaibo, la laboriosa,*
*la cívica.*

# EL CASTIGO DEL ÁVILA

—

(Cae la tarde. El sol bruñe las copas de los árboles, en el gigantesco y paternal monte Ávila. El Poniente se tamiza al través de los follajes; y bajo la cúpula de los tamarindos, la profusa pompa de los cotoperices y la esbeltez de los marías, el Bosque extiende sus galerías profundas, donde flotan claridades ó sombras verdes.

Un hombre aparece en el Bosque. El traje en hilachas, las manos en crispatura, los ojos en pavor, el pelo en greñas. Aquel rostro meduseo tiene en la expresión algo bestial. Por el hocico trompudo, las anchas fosas nasales, los pequeños ojos inertes y la chatura animalesca de la frente, titubearía quien divisara la aparición, antes de decidirse á afirmar si aquella extraña figura es un hombre con cara de cerdo ó un cerdo con cuerpo de hombre. Aquel monstruo, mitad bestia, mitad bandido, *que lo mejor que tiene es la figura*, es Juan Vicente Gómez, el Traidor.

Pálido, sudoroso, recuéstase de un árbol.)

*Juan Vicente, el Traidor.*

— Desde la aurora corro, huyéndole á los hombres, por las breñas del Ávila. Ya me postra el quebranto.

Los pájaros me increpan con injuriosos nombres;
y los torrentes ríen de mi angustia y mi llanto.

Busqué asilo en los montes; y más que las ciudades
el monte, que á las víboras da asilo, me es hostil;
asumen voz los árboles á enrostrarme maldades;
me oculta su agua el pozo; para el zapo soy vil.

Piedad, Señor, procura que mi cuerpo repose;
que á mis labios no niegue sus cristales el río;
en mi cuerpo, hecho úlceras, que tu dedo se pose;
y da paz á mi espíritu. Piedad, piedad, Dios mío.

(El árbol sacude una rama y golpea en el rostro al Traidor.)

*El árbol.*

— ¡ Piedad imploras ! ¿La tuviste
cuando hacías de victimario,
y cada monte convertiste
en Calvario?

¡Piedad imploras! ¿La tenías
con los presos que atormentaste
en tus obscuras gemonías,
y mataste?

¡Piedad imploras! ¿Por ventura
la sintió tu alma de hierro,
cuando echabas á sepultura
ó á destierro?

(El árbol golpea de nuevo á Juan Vicente en el rostro y prosigue apostrofándolo.)

—¡Y quieres dicha! ¡Y quieres calma!
Sal de aquí, malvado traidor,
y sepan tu cuerpo y tu alma
de dolor.

Juan Vicente echa á correr azotado por los árboles. Cada rama le cruza el rostro, ó percude las espaldas del Traidor y deja un cardenal. Los arroyos, al ver la carrera desatentada de Juan Vicente, se precipitan de las cumbres desternillándose de risa. Los pájaros lo silban.

*El viento dice* :

— Corre, corre, Juan Vicente
yo te enseñaré el camino...
(Y ante el pálido demente
se transforma en remolino.)

*El musgo dice* :

— Reposa sobre mi espalda
de tu zarabanda loca...
(Y la grama de esmeralda
se convierte en dura roca.)

*El pozo dice*

— Haz un vaso de una hoja
y bebe mi linfa clara...
(Y se trueca en sangre roja
que mancha al traidor la cara.)

(Juan Vicente cae de rodillas, se pone á llorar, pide perdón á los seres y á las cosas; pero traidor y malvado como es, piensa inmediatamente en engañar á las cosas y á los seres con palabritas de miel para después echarles la zancadilla y exterminarlos.

Entretanto una banda de monos, desde las copas de yagrumos y araguaneyes, lo escarnece.

*Los monos.*

— En el palacio servías
de lavapiés al magnate;
si escupía era en tu rostro,
si violaba era á tu madre;
feliz de sus preferencias,
tú reías, tú engordaste.

El señor sintióse enfermo,
corrió al médico, á la calle;
y tú, cerrando la puerta
de señor te disfrazaste,
pero la gente se burla
del disfraz, y va á zurrarte.

Tu amigo duerme : aprovecha,
corre el puñal á clavarle;
oye aquel secreto : véndelo;

mira aquel huérfano : engáñale.
¡ Cómo en alma tan pequeña
tánta sombra acumulaste !

¡ Mata el cocuyo : ilumina !
¡ El cedro es erguido : abátele !
¡ El arroyo canta y ríe,
que no ría, que no cante !
¡ Viva el topo ! ¡ Muera el águila !
¡ Y para el trino, la cárcel !

Arranca la flor de oro
del araguaney de jalde;
escamotea las nubes
de oro y plata de la tarde;
¿dónde viste plata y oro
bandido, que no robases?

Ahórcate, Juan Vicente,
en las ramas de los árboles;
secunda « en verde patíbulo »

tántos y tántos cadáveres
de tus víctimas, que péndulos
se balancean al aire.

(Juan Vicente, cuyo corazón se comparte entre sentimientos de pavor y de maldad, tiembla de pavura, y pide piedad con lágrimas en los ojos y en la voz, para mover á compasión; pero en el fondo sueña en vengarse. El Traidor cree que los monos, á los que escucha sin ver, son seres humanos: enemigos invisibles.)

*Juan Vicente, el Traidor.*

— El Odio sus lebreles me zuza. El Nazareno
no sufrió más injurias, ni apuró más veneno,
ni vió en su blanca túnica más estrellas de cieno.

Ya mitridatizado por tósigo de insultos,
recibo, indiferente, del odio los singultos.
Mas, tantos desafueros, ¿se quedarán inultos?

¿Á mi lesivo lecho de sierpes me acomodo?
¿Respiraré con gusto la atmósfera de lodo
como el nauta la ráfaga de salitre y de yodo?

No. Pero ya en mi ánima condené á los bandidos.
Ya espectros me parecen de su huacas salidos;
y sus macabras burlas, cosas de tiempos idos.

(El Traidor gira la vista en su torno, contempla el Ávila nemoroso y refunfuña.)

— Y este brujo monte infame
donde el saman me vapula y me silba el dios-te-dé,
y no hay piedra que con nombres injuriosos no me llame,
lo arrasaré!

(Las Hamadriadas lo escuchan. Abandonan la corteza de los árboles donde habitan y maldicen al Traidor.)

*Las Hamadriadas.*

— ¿De nuestros hermanos el agua y el viento
y el musgo te quieres vengar?
¿Y nuestros palacios : saman corpulento
y ceibas pretendes tumbar?

Escucha : impotente, ladrado de perros,
de todos maldito serás;

y hambriento y errante por áridos cerros,
los buitres por tumba tendrás.

(Juan Vicente, el Traidor, olvida sus pujos de venganza, escucha aterrado la maldición de las Hamadriadas, pide perdón en vano, y echa á correr de nuevo por entre el Bosque; pero tropieza y rueda por tierra.)

*Juan Vicente, el Traidor.*

— Señor, el profético insulto
silencia, silencia el tumulto
de mi angustiado corazón;
ya no más saliva en mi frente,
ya no más crugidos de diente
ya no más castigo. Perdón.

*Las Hamadriadas.*

— Que entre el fango, de noche, muera,
acosado como una fiera,
cubierto de moscas y horror;

que la mísera ánima exhale
como miasma pútrido sale
de un pantano.

*Juan Vicente.*

— Piedad, Señor.

(La noche ha caído. Juan Vicente, bajo el desprecio universal, corre un poco más y se pierde, se pierde en la sombra.)

París, Diciembre de 1910.

# Á VENEZUELA

Su caballo ha bebido las aguas de Orinoco, del Amazonas y del Plata, las tres grandes fronteras que dió la creación al Nuevo Mundo. Pero él las ha suprimido en nombre de la gloria, esta segunda creación de la Omnipotencia.

VICUÑA MACKENNA

## Á VENEZUELA

El potro de tus armas no corre, denodado, al viento
ni el ágil caballero de la Libertad lo conduce;
da vueltas á la noria, triste, pacífico jumento
ó á la vida de circo, bajo el látigo, se reduce.

De Pegaso y Bucéfalo, por ala y bravura gemelo,
nacían laureles donde él asentaba la pata,
y llevó su jinete de puños y pecho de oro, en épico vuelo,
del caribe Orinoco á Amazonas y ecuóreo Plata.

Dale por pienso carne blanca
y verás que de nuevo hacia la cumbre arranca,
si no, patria, resígnate á futuros dolores acervos;

y el potro fogoso de antaño, comido de roña,
estorbando el camino, yacente, viviente caroña,
espere ya dientes de canes, ya picos de cuervos

París, 19 de Abril de 1911.

# APÉNDICE

# RUFINO BLANCO-FOMBONA Y SU OBRA POÉTICA(1)

Á propósito de « *Au-delá des horizons...* » poemas líricos traducidos en francés por M. Frédéric Raisin. París, 1909.

Blanco-Fombona es, en realidad, uno de los poetas castellanos menos traducibles. Sus procedimientos, basados en ciertos juegos prosódicos, no muy difíciles pero sí peculiares de nuestra lengua, bastan á desconcertar al más ardido de los traductores. El simple cotejo de algunos lugares de esta versión francesa demuestra que en muchas ocasiones el texto traducido no da ni idea remota de lo que es la poesía en castellano. Y es que la traducción exacta y verídica, conservando la forma métrica, es punto menos que imposible : casos como el de la *Oración por todos*, en que el original resulte mejorado, se dan rarísimas veces; además de que eso no es, propiamente, una traducción. Por lo general, las personas que ejercen de traductores no son excelen-

(1) Inserto aquí estas páginas de Semprum porque no son un elogio ni un improperio sino un estudio; porque me place la grande independencia y la no menos grande probidad literaria del Doctor Semprum; porque Semprum tuvo el valor de hablar de mí cuando de mí no se podía hablar en Venezuela. Es quizás la última vez que en la prensa de Caracas se ha publicado mi nombre.

Cuanto á Raisin, á quien Semprum *malmène*, consuélese releyendo más adelante lo que de sus traducciones opinó el sereno espíritu de Edouard Rod, maestro lince, tan á deshora ¡ay! muerto.

tes poetas, ni siquiera hábiles versificadores; y así es natural que dejen escapar lo mejor y más intenso de la ajena obra. Yo, en el lugar de Blanco-Fombona, hubiera preferido una traducción en prosa, de seguro más fiel, más ajustada al original, y que probablemente alcanzaría á exponer íntegro y claro en el extranjero idioma el pensamiento y la intención del poeta.

La publicación de este volumen en que Blanco-Fombona recopila lo más acabado de su obra lírica, me ofrece coyuntura propicia para estudiar, aunque sea someramente, como lo permiten las condiciones de *El Cojo Ilustrado*, esta faz feliz de su ingenio, tanto más digna de atención y examen cuanto que Blanco-Fombona ha ejercido y ejerce notoria influencia en las generaciones juveniles de Venezuela, influencia maléfica, preciso es decirlo, como la ejercida en toda circunstancia por los escritores de originalidad auténtica. Buena parte de nuestra juventud se empeña en seguirle, con mayor ó menor disimulo, á pesar de que su poesía es de las que menos deben convidar á la imitación. Naturalmente, lo que en él resulta gracia legítima, sin postizos ni deliberaciones, es, en el remedo balbuceante de los imitadores, desabrida tontera. Ciertamente Blanco-Fombona debe sentirse orgulloso y contento de haber suscitado con la resonancia de sus versos el brotar de los primeros pimpollos líricos en el alma de la juventud; mas al propio tiempo debe de experimentar cierta perplejidad y desazón al contemplar los frutos poco gallardos que brotan de sus semillas. Le queda el consuelo de pensar, como es la verdad, que el resultado adverso de la siembra, no procede de la mala calidad de la semilla, sino de la propia

tierra de sembradura. Mas ¿qué motivos impulsan á la juventud á escoger para la imitación los poemitas de Blanco-Fombona? Basta leer sus libros con algún cuidado para descubrir la clave del enigma. En primer lugar, los versos de Blanco-Fombona parecen ser de una sencillez engañosa : no asustan con recursos enrevesados ni artificios brumosos. Y luégo, es un poeta de *juventud* Trataré de explicarme.

Los ideales, sentimientos y estados de alma favoritos de la adolescencia, espontáneamente surgidos de su estado psicofisiológico, son precisamente los que con mayor constancia y fervor canta Blanco-Fombona. Ante todo, observemos que es un poeta intensamente sensualista y, si se quiere, hasta sensual. La forma que adopta su sensualismo, risueña, franca, que no macula con feos espectáculos ni sordas inquietudes los espejismos de las imaginaciones candorosas y lúbricas, es de las más peligrosas. No es como los poetas que tienden sobre la urente urgencia de los deseos, el presentimiento de los tedios finales, como quien enluta la candela de una linterna con lúgubres vidrios. Creo que esta cualidad es una de las que explican la influencia de nuestro poeta sobre los jóvenes. La mayor parte de los que entre nosotros leen á d'Annunzio — pongo por ejemplo — lo hacen seducidos por la vibrante sensualidad y por el erotismo desaforado de sus libros. Hablo de nuestro público, del que yo conozco bien, del que se engulle las traducciones de Maucci, donde el artista italiano aparece pálido y deforme, si no es en la brama perenne y subrepticia de sus personajes. Á este propósito quiero contar una anécdota que me han referido y

que viene muy á cuento. Un palurdo se detuvo en cierta ocasión frente al escaparate de una librería, en el cual estaba exhibiéndose el flamante volumen de los *Cuentos de color* de Díaz Rodríguez. Paróse el hombre á mirar buen trecho el libro, y luego entró en el establecimiento y pidió un ejemplar de los cuentos. Cierto escritor, que estaba atisbando al hombre, quedóse encantado al ver cómo el vulgo buscaba ya y leía las obras de nuestro gran estilista. Pero resulta que á poco el hombre volvió á entrar en la librería, reclamando que le devolvieran su dinero, porque lo habían engañado : él creía que aquellos eran *¡cuentos colorados!*, vale decir, obscenos. El desconsuelo del literato observador no es para dicho. Ni respondo de la autenticidad de la anécdota; pero ella da una idea bastante exacta de lo que puede valer entre nosotros la popularidad. Aquí pueden venderse los libros llenos de lascivia descocada ó de diatribas venenosas. La mente del público no está preparada aún para otra clase de lecturas.

El impulso sensual es en sí un derroche de energía más ó menos intenso, y así como suele mostrar los dientes untados de ferocidad, se moja con frecuencia de lágrimas. Mas el que anima los versos de Blanco-Fombona es, como digo, regocijado, lleno de cierto regodeo, de cierta morosidad suave y tranquila. No arden estos orobias con humos agrios y fuegos vibrantes de rijo, sino de modo claro y sereno : más como piedra preciosa que como brasa de pira. Sus madrigalitos están exentos de licencia y de malicia. Mas Blanco-Fombona no se limita por cierto á expresar el amor de los seres animados. Las cosas mismas cobran ante sus miradas sentimientos é intenciones, pues su vista ane-

gada en pasión viva y fértil lo arropa todo en un manto de voluptuosidad feliz. De este poeta sí puede bien decirse que el mundo es la representación palpable de su yo: una forma de su sensibilidad, de su imaginación, de su intelecto. En tal sentido puede calificársele de poeta simbólico, por cuanto los pormenores de los espectáculos poéticos son, en suma, simples cifras de su yo mismo. Simbólico, no simbolista. Blanco-Fombona, por temperamento, por educación, está á mil leguas del simbolismo. Hasta barrunto que no debe de serle muy grata esta escuela, no obstante que algunos de sus corifeos y adalides han influído en la manera suya y lo han ayudado á perfeccionar sus procedimientos retóricos. En *Las Joyas de Margarita*, la canción de las gemas no sólo sirve para exponer y comentar la belleza de Gretchen : de ese canto surge férvida fragancia de insensata adoración que á las cosas anima. Las cosas que hablan « en un lenguaje de ilusión », adquieren personalidad propia, independiente, de donde brotan, como el rescoldo de un brasero, acentos galantes, gemidores de amor, suspirantes de caricias. La brisa que « le alborota el camisón » á la linda aldeana de *Prima noche*, tiene igualmente tanta intención como una temblorosa mano de amante. Y en *La tristeza del mármol* culmina esta nota :

*Esto del mármol no es vida;*
*en virginidad eterna*
*¡ay! gloriosas carnes mías*
*nunca padecéis de gozo*
*bajo quemantes caricias,*

(hermosos versos echados á perder en la traducción de Raisin, sea dicho de paso). Anotemos que la juventud está dispuesta siempre, si ya no se halla armada de una cultura sólida, cosa excepcional entre nosotros, á dejarse influir por el encanto un poco pérfido de estas canciones.

Fácil es dar en la cuenta de que los inciertos ideales morales de la juventud, la ambición de obrar, el ansia de lucha y de triunfo, el imperio de las fuerzas desordenadas, que son dilectos de la edad florida, encuentran en Blanco-Fombona un cantor oportuno y enérgico. Ese hermoso grito lanzado ante el ofrecimiento de la gloria, el oro y el amor, no conquistados por los propios puños, es propio de los veinte años :

*¡Pónme en los brazos músculos*
*y ambición en el alma!*

Con eso tendrá el bueno para su victoria. Ni existe hombre, como no sea algún opilado zascandil ó monigote histérico, que no haya lanzado, hacia sus veinte años, esta exclamación de soberbia magnífica. Se ha dicho que no es posible inventar nada, que todo existe preformado en las obscuridades del espíritu, y que los apóstoles, los poetas, los artistas, sólo nos revelan ideas, formas de Belleza que preexistían informes en lo más confuso de nuestra conciencia, sin que hubiéramos podido concretarlas por nosotros mismos. Pero llega la mano reveladora y nos descubre

de improviso el tesoro. Somos, en la ignorancia, como magnates que se creen mendigos. La obra de arte es la que nos enriquece, como por obra de magia. Si alguien, pues, merece nuestro agradecimiento, es el poeta. Y así se explica el entusiasmo desmedido que Blanco-Fombona despierta entre una parte de la juventud bisoña: lo escuchan esos jóvenes, y oyen que él canta las cosas que á ellos les abejean con obscuro zumbido en el pensamiento.

Acaso ninguna poesía de Blanco-Fombona, pinta mejor los últimos sentimientos á que me refiero, que la que se intitula *La Vida*. Este poemita está henchido de tal fuerza vital, de tan intensa y segura afirmación de vivir, que irremisiblemente se me viene á los picos de la pluma el adjetivo dionisiaco, el cual, por fácil evocación, me conduce al nietzschismo.

Sorpréndeme bastante que al referirse á Blanco-Fombona, ninguno de sus críticos haga mención de Zaratustra. Yo, para mí, creo que el anticristo alemán ha ejercido cierta influencia sobre Blanco-Fombona; influencia de filósofo profundo sobre artista ligero. Las ideas obscuras, á fuerza de ser formidables, de Nietzsche, repercuten en la lírica del venezolano con sano eco de confianza y de risa: viene á ser como la ola majestuosa, que al llegar á la playa de oro se deshace en espumas frívolas. Blanco-Fombona canta las pasiones sanas, fuertes, robustas, que son corolario del sistema del filósofo: en sus versos el amor no se nubla de lloriqueos ni se acidula en relamidas lamentaciones; y si el sentimentalismo « idealista », para emplear palabras de Nietzsche, aparece en estos versos, es como sombra pasajera y

fugaz; y aun así las más veces con cierto matiz de ironía, de solapado júbilo :

*¡Ay, Dios mío, qué daño me ha hecho*
*la mujer de los labios de flor!*

queja sonriente y retórica, actitud de halagador disimulo, como la de un carnicero frente á la presa. Pero sólo quiero apuntar de paso que en ciertos puntos se nota la huella de Zaratustra. El estudio de esta influencia — de que el mismo poeta no ha hecho cuenta exacta tal vez — cabe mejor en un ensayo sobre las obras en prosa de Blanco-Fombona. Valga aquí la circunstancia de que la mayoría de sus críticos le llaman hombre digno de haber figurado en el Renacimiento italiano, lisonja que no carece de fundamento. Por mi parte yo, lo encuentro muy venezolano, digno hijo de nuestra zona, legítimo producto de nuestras costumbres; pero no creo que una cosa excluya la otra, ya que no es difícil encontrar analogías de cierto género entre nuestro curioso estado intelectual y social y el de los principados y repúblicas de Italia en el siglo XIV.

Sólo la *Carta lírica* tiene dejos de desvarío romántico. Blanco-Fombona fué uno de los que iniciaron entre nosotros el movimiento poético modernista; pero de sus maestros españoles y de Musset, á quien todos hemos adorado golosamente en nuestra primera juventud, le quedó un sedimento de romanticismo, que de vez en cuando aparece en él á flor de espíritu, residuo del vino de antaño que suele dejar untado el borde de la crátera

nueva. Sólo que ese rastro de lo pasado desaparecerá sin duda, si ya no ha desaparecido por completo, porque su copa no es apropiada para los alquermes dulzones y exasperantes de los románticos de la última época.

El que haya observado la evolución de Blanco-Fombona, sabrá que él acoge y desecha con bastante facilidad las influencias de los maestros y de las escuelas, lo cual, si indica vacilación de rumbos en el aceptarlas, atestigua segura fuerza de personalidad al huirlas. En sus primeros tiempos prevaleció en él la actitud de cólera desmelenada y agresiva. Era la época en que resonaba sobre todas las frentes el estrépito de hierro y de rabia de Díaz Mirón. Blanco-Fombona rimó sus rugidos y echó bravatas en sólidos versos. Por fortuna, su buen gusto venció á tiempo el influjo ajeno y no ha conservado apenas vestigios de él. Sus versos *En la mazmorra* así lo certifican. Son una protesta muy distinta de las que se encontraban á cada paso en Mirón.

Por más que alcanzara con su poema *Patria* un lauro en Coro, Blanco-Fombona no parece dotado para lo épico ni para lo satírico. Ni siquiera en la prosa, en sus diatribas crudas y brutales como puñetazos, logra conservar la sátira en el tono de fría furia que el género requiere. La sátira es cosa de temperamento; y á los nerviosos como nuestro bardo les ocurre por lo común que á un intenso rapto de ira sucede un período de indulgencia transitoria : se exaltan por sacudidas, por crispaturas; ni tienen el dón de observar con atenta mirada las cosas exteriores por largo tiempo : el ímpetu lírico los aleja al punto de la contemplación para encumbrarlos á ilusorias cosas de ensueño. Su retratico del

aparatoso prusiano Guillermo es buena muestra de lo dicho. « Este Nerón de pacotilla », empieza en fogosa embestida; mas á poco el pobre Rex-imperator nos merece piedad, porque ciñe á su frente

*con la anacrónica diadema*
*¡ay! la corona del dolor;*

cuando el satírico no se interrumpiría á apiadarse del tirano, antes bien, haría ferocísimo escarnio de su propia pena.

Por esto puede calificársele de sentimental; más no por ventura sentimental al uso, pacato y llorón, sino porque sobre las llagas abiertas por las ironías derrama el vino dulce de la piedad, y porque prefiere siempre para mostrárnoslo, el aspecto más amable de las cosas. Lo ruín, lo asqueroso, lo feo, relégalo á la sombra y al olvido. Ya se comprende por lo mismo que no es un poeta moral ni moralizador. No busca ni quiere buscar el sentido de la vida; no siente el vahido de los problemas irresolutos : se limita á vivir. Es amigo de formas, no de esencias : desdeña lo abstracto; y á las ideas prefiere las sensaciones : eso se llama propiamente un sensualista. Alguna vez se preocupa de las causas y de los principios. Se dirige á Dios; ¿pero cómo? : no ebrio de duda, no con escéptica angustia metafísica, sino en dura increpación al sér de los seres, como un hombre suele dirigirse á su enemigo. Porque en suma, Blanco-Fombona pertenece á la casta de los descreídos que aún temen un engaño, y que, si

en su mano estuviera, inventarían un dios personal, para gustar el goce de vituperarlo á su sabor. Los incrédulos definitivos no toman en cuenta á la divinidad, ni sienten pesar sobre su entendimiento la sombra secular de Dios, trasmitida de padres á hijos : se han despojado de la herencia fatal. Para ellos los responsables de los males que el concepto de lo divino ha podido ocasionar, son los inventores del mito, no el mito mismo. Conocen el significado de aquella frase concluyente que Nietzsche le envidiaba á Stendhal : « la única excusa de Dios es que no existe ». Blanco-Fombona lleva en la conciencia un susurro de preces católicas, legado de sus abuelos, las cuales, al brotar por sus labios de impío se convierten en blasfemias. La blasfemia es una especie de plegaria : siempre rinde el homenaje de la creencia.

Los procedimientos formales de Blanco-Fombona, sin tener en sí propios mayor originalidad, producen obritas de peregrino encanto. En general hay en ellas cierta incoherencia, cierto desorden vago en la exposición de los motivos, cortada á trechos por exclamaciones, por paréntesis cuyo efecto es producir una intensidad mayor de la frase poética. Es impulsivo al combinar los elementos de la frase, de lo cual resultan unas veces afortunados matrimonios de palabras, y otras cierta dislocación ilógica de la cláusula. Su léxico, sin ser muy rico, no presenta apenas insistencias ni repeticiones. Las palabras que con mayor frecuencia usa pueden, en cierto modo, dar idea de su poesía. Cuando menos, se conoce por ellas hacia qué lado se vuelve de costumbre la vista del hombre y la imaginación del bardo, al construir sus imágenes, pues la mente gusta de escoger la substancia de los

símbolos entre las cosas que le son halagüeñas y familiares. Los vocablos que más abundan en estos poemas son : *amor, flor, rosa, beso, cantar.* De ese dato puede deducirse, sin sutiles esfuerzos de la perspicacia, el carácter amatorio, florido, fresco, sensual y lírico de sus canciones. Á más abundan en ellas senos, abriles, auroras, oros, brisas, etc. Sus flores favoritas son la universal rosa, lilas, gladiolas, camelias, gardenias, petunias. Las gemas, zafiros, diamantes, perlas. Gusta de escribir « boca en flor », « pradera en flor », « niña en botón ». Sus colores, azul y rojo. Todo eso mezclado con mano hábil en estrofas de buena ley.

En lo que toca al metro, Blanco-Fombona tiene sus pretensiones y aun sus vanidades. Asegura en sus *Notículas* que el eneasílabo de *Las Joyas de Margarita* fué él quien lo puso á sonar en castellano por primera vez; y que los versos de *Explicación* « son inauditos » por el ritmo. Paréceme que estas afirmaciones no pasan de ser desenfadadas especies lanzadas en un momento de humor, ya que Blanco-Fombona posee buenos conocimientos de literatura española. Cuanto al eneasílabo, Tomás de Iriarte, versificador habilísimo, los compuso, y muy sabrosos, en el siglo XVIII. Blanco-Fombona cita como imitados de los suyos los de la *Canción de otoño en primavera*, de Rubén Darío :

*Juventud, divino tesoro*
*ya te vas para no volver:*

pero si á alguien imitó el maestro, no fué ciertamente á Blanco-

Fombona, sino á don José Eusebio Caro en aquella poesía *Estar contigo* que comienza :

*¡Oh! ya de orgullo estoy cansado*
*estoy cansado de razón;*

á la cual se aproxima la canción de Darío no sólo por la música de los versos, sino también por ciertas coincidencias de conceptos y frases.

El metro de *Explicación* es muchísimo más añejo. Juan de Mena lo usó en su *Labyrintho*, poema de trescientas estrofas de ocho versos; y era el preferido por los poetas de la época, como el marqués de Santillana y Fernán Pérez de Guzmán. Es una de las medidas más antiguas en poesía castellana. ¿Qué diferencia hay entre

*¡Oh! amores y rutas y alarmas, ¡oh! acciones*

(BLANCO-FOMBONA.)

y

*De paces y guerras y muertes y hados?*

(JUAN DE MENA.)

*¡Qué alegre es la casa del titiritero!*

(B. F.)

*Que todas las selvas con sus arboledas.*

(J. M.)

*Son nuestros amores y nuestros dolores.*

(B. F.)

*De los monifrates nin de las locuras.*

(FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN. — « Confesión rimada. »)

No negaré que á un metro antiguo se le pueden sacar sones nuevos y remozarlo. Eso depende del poeta. Pero es seguro que todas las combinaciones del dodecasílabo estaban ya formadas en castellano. Su composición de 6 + 6 es sencilla y no tiene más requisito que la acentuación de la quinta sílaba de cada hemistiquio, por lo cual su variedad musical es admirable. Resucitar esa medida obsoleta me parece buena obra, limpiándola de « la monotonía del metro de arte mayor, *el fiero tarantántara* que hubiera dicho Tomé de Burguillo », según escribe Menéndez Pelayo.

Y eso es lo que Blanco-Fombona ha obrado con acierto.

Por lo demás, las reminiscencias, casi imposibles de suprimir á la hora actual, porque las lecturas nos dejan un depósito inconsciente de cosas que luego se nos aparecen como nuestras, son escasas en Blanco-Fombona. La huella de Díaz Mirón, el de *Lascas*, es evidente en *Mediodía Campestre* y en *Barrio Bajo*. En rigor, no puede imputársele imitación de otro poeta alguno. En verso es menos marcada la tendencia de Blanco-Fombona al arcaísmo de construcción y al uso de ciertos giros favoritos de nuestros clásicos del siglo de oro. En lo general, su sintaxis es pura y su

locución fácil, y gusta de sembrar aquí y allá expresiones familiares que les dan á sus poemitas cierto perfume de intimidad ingenuo y delicioso.

Por su labor fragmentaria y menuda, por el mismo refinado amor de los pormenores, que convierte sus volúmenes de poesías en vuelo alígero y claro de sensaciones y sentimientos fugaces : amor errátil, flores de un día, rosas de un momento, besos de paso, cantar vagabundo, es un poeta menor, de esos que brotan, como flores de esencia rara, en el suelo largamente labrado con abonos, al pie de los formidables monumentos que erigieron manos de cíclopes en las auroras de las Edades. Y si me dicen que tanto vale una miniatura perfecta como la más opulenta catedral, estaremos acordes. Los poetas de la *Antología* viven al lado de Homero y con la vecindad de Virgilio nada se deslustra Propercio (1).

Jesús Semprún.

1.º de Noviembre do 1909.

(1) Poeta menor, está bien. Como sea bueno, ya es bastante. Por obra y generosidad de Semprum me encontraré en compañía de Tíbulo, Cátulo y Propercio. *Merci, cher monsieur*. Aunque no se está mejor, de seguro, en la sociedad de estos poetas menores que en la del doctor García, Antoñito Pimentel y los Mata, grandes hombres de Venezuela.

Siempre es engorroso defenderse sin ganas y que la necesidad le coloque á uno la espada en la diestra cuando más quisiera tenderse á la bartola para escuchar sus canarios ó ver en el claro cielo el paso de las nubes.

Mis conocimientos en literatura castellana son más modestos de lo que Semprum imagina. Se detienen allí donde para gustar á los autores es necesario el estudio de la lengua en formación. Y el estudio de autores de una lengua en formación es empresa de eruditos, no de simples poetas que buscan en los autores el placer de la belleza y no el

goce de la sabiduría. Por eso no he entrado en el *Labyrintho* de Juan de Mena y dejo á Pérez de Guzmán tranquilo con sus « monifrates ». Si mis versos de *Explicación* suenan como los de ellos, no es que intentara remozar, á los no sé cuántos siglos, una medida obsoleta, sino que el idioma castellano en el siglo XX produjo músicas que ya había producido en edades anteriores. Resucitar un metro por siglos sepultado, vale como crearlo, y de haberlo intentado lo confesaría ahora

En ninguna lengua de Europa se puede hoy, después de ocho ó diez siglos de literatura, crear nuevos metros. Lo más que se puede hacer es ensayar, y ya lo hemos cumplido, á ejemplo de los francos, en versolibrismos de que, entre paréntesis, no soy muy partidario, y aventurar combinaciones estróficas inusitadas.

No dije que antes de mí nadie hubiera escrito eneasílabos : dije y repito que los puse en lengua castellana de moda; y agrego que no desde 1899 con *Las Joyas de Margarita*, sino desde que empecé á escribir en 1893. Iriarte pudo componer eneasílabos. No sé. Yo tengo horror á los fabulistas desde que leí, muy joven, las fábulas de don Panchito Pimentel.

El cargo más absurdo es el de que imité en *Mediodía campestre y Barrio bajo*, las *Lascas* — no dice cuáles — de Díaz Mirón. Semprum, cosa rara, ha caído en el estrecho lugar común de buscar parentescos literarios imposibles entre hijos de distintos espíritus, para mostrar sagacidad ó erudición. Homero, cabeceas... Antes de proseguir confesaré que admiro á Díaz Mirón, á quien tan injustamente se olvida; pero que lo admiro mayormente en su primera, desordenada y grandiosa manera. En *Lascas* es más retórico que poeta; y se mira á Pegaso con arnés que estropea sus enormes alas. No son ya los corderitos del Trianón con cintas y perfumados. Es el toro padrote de los Llanos con los cuernos dorados y con lazo azul al testuz. Díaz Mirón, por supuesto, es quien es. Su huella de león queda aquí y allá impresa en la menuda y blanca arena de *Lascas*, por donde ninfas rosadas pudieran correr á triscar entre las ondas.

*Mediodía campestre y Barrio bajo* fueron compuestos en Europa, en 1901.

No fué hasta fines de 1904 ó principios de 1905, ya publicados aquellos versos en libro, cuando conocí *Lascas* de Díaz Mirón. Me recitó fragmentos, primero, y me prestó, más tarde el volumen Alejandro Carías. Él debe recordarlo.

Después no volví á leer esa obra hasta 1909, ya preso. Arvelo Larriva tenía *Lascas*. Juntos lo saboreamos en la cárcel, los once primeros días de mi prisión, tiempo durante el cual se me permitió estar en compañía de Arvelo.

Ya ve Semprum que al mejor cazador se le va la liebre. Reproduzco los poemas acusados por el crítico para que sirvan de abono á mis palabras y para que se defiendan por sí mismos.

Repito : ni en los metros, ni por los sentimientos que se externan, ni en el lenguaje que se usa, en nada, en nada, encuentro paridad ó siquiera correlación, entre mis versos y los del gran poeta mejicano.

R. B.-F.

MEDIODÍA CAMPESTRE

De fe ya difunta, la torre
túmulo semeja. El hastío
devora al poblacho. Y un río
de agua negra, á sus plantas, corre.

El viento salmodia en los sauces.
Silentes, el paso de entierro,
los rústicos marchan. Un perro
bosteza. ¡Qué sarna! ¡Qué fauces!

Tres chicos patean el barro
do muere de tedio un nelumbo.
Al pasar á mi vera da un tumbo
un hombre que tira de un carro.

Y sufro...? Mi pecho se expande
Adoro la vida zahareña,
¡oh, amigos de musa pequeña
y de envidia grande, muy grande

Ni quiero encontrar las pupilas
de la niña cuca y muy maja,
brial rojo, sombrero de paja,
y en el seno petunias, lilas.

BARRIO BAJO

En la torcida barriada infecta
mora gentualla mendiga y sucia
la vieja sórdida, la chica abyecta

junto al hebreo de barba rucia,
nariz de garfio y ojo de astucia.

En las esquinas de la plazuela,
bajo los árboles, en los escaños,
el crimen abre nocturna escuela
para almas vírgenes y tiernos años.
Bruja del sábado, cara de vicio,
enseña al público la cartomancia,
de su guarida sentada al quicio;
ó vende pomos de una fragancia
que turba el juicio

El israelita ropavejero
jamás escucha la frase tierna
que se murmuran liga y sombrero.
¡Cómo recuerdan el rico alero,
la testa altiva, la blanca pierna!
La seda blanca de los jubones.
cesta de lirios, prisión de senos,
la seda, orgullo de los salones,
echa de menos
las fugitivas declaraciones.

Rompe en heridas como claveles
la zuiza eterna,
cuando alborotas dormidas hieles,
copa de carne de los burdeles,
copa de vino de la taberna.

Pero en el barrio sucio y abyecto
en medio á tanta miseria ascosa,
vive un idilio, late un afecto,
puro y fragante como una rosa.

Cuando la noche tiende su manto
se oye á la reja del muro espeso,
se oye un murmullo que es como un canto
Después, un beso.

# POÈTES SUD-AMÉRICAINS (1)

M. Frédéric Raisin s'est donné pour tâche de nous faire connaître les plus brillants représentants de la poésie hispano-américaine ; il a traduit successivement, avec beaucoup d'exactitude, d'art et de souplesse, deux volumes de M. Léopold Diaz et un volume de M. R. Blanco-Fombona ; et c'est une sorte de révélation qui lui fait le plus grand honneur.

Beaucoup d'entre nous possèdent certaines lueurs de l'Amérique du Nord, soit qu'ils y aient voyagé ou qu'ils aient lu quelques-uns des nombreux ouvrages qu'en ont rapportés des voyageurs français parfois illustres. Mais l'Amérique du Sud nous est inconnue : nous n'en savons à peu près rien, sinon qu'elle est divisée en Républiques d'importance inégale, souvent en guerres

(1) *Les Ombres d'Hellas*, par L. Diaz, avec la traduction en vers français par F. Raisin, préface par Rémy de Gourmont. Genève, 1902. — *L'Atlantide conquise*, du même auteur et du même traducteur, Genève, 1907. — *Au delà des Horizons*, par R. Blanco-Fombona, traduction de F. Raisin. Paris, 1908.

ou en révolutions, où cependant l'équilibre s'établit peu à peu. Et pourtant, que de liens avec ce vaste monde, où s'affirment la jeunesse, la vigueur, la vitalité du vieux sang latin ! L'une après l'autre, ces Républiques ont secoué le joug européen: elles n'ont pas pour cela rompu les liens de race et d'esprit qui les rattachent aux métropoles; et quelque indépendantes qu'elles soient maintenant, elles sont à peu près, je crois, à l'Europe méditerranéenne, ce que les États-Unis sont aux Iles-Britanniques. Si nous en jugeons par les trois volumes que nous avons sous les yeux, leurs poètes se rattachent également à nos traditions, surtout dans ce qu'elles ont d'espagnol et de romantique, sans que cette filiation gêne en rien leurs allures très personnelles et fières.

*

M. Léopold Diaz et M. Blanco-Fombona appartiennent tous deux à l'Amérique espagnole. Le premier est Argentin. Il a rempli longtemps les fonctions de consul général de son pays à Genève, qu'il a quittée pour se fixer à Morges : une de ces jolies petites villes vaudoises qui mirent leurs beaux toits prospères dans les eaux du Léman, où l'on me dit qu'il achèvera une traduction espagnole des *Trophées*. M. Rufino Blanco-Fombona, Vénézuélien, a été consul à Amsterdam. Il est plus connu parmi nous : ses *Contes américains*, traduits en français, par M. Marius André, ont été fort remarqués. « C'est un tempérament vigoureux, bouillant, brillant, m'écrit M. Raisin qui a bien voulu me fournir quelques renseignements sur ses poètes, c'est un feu qui

agit et s'agite. » Bien qu'ils appartiennent à deux nations différentes, il y a entre eux d'évidentes affinités :

Celles-ci surtout, que les parties les plus intéressantes, les plus vivantes, les plus nouvelles de leurs œuvres, sont précisément celles où ils se montrent le plus résolument hispano-américains, où ils racontent les luttes de leurs pays, où ils en exaltent le passé ou les vertus, où ils s'efforcent d'en exprimer les ardeurs et les aspirations. M. Léopold Diaz a dédié son premier volume à José-Maria de Hérédia, et placé en tête du second un éloquent sonnet à la mémoire du Maître ; et dans le fait, il est tout imprégné de l'art éclatant des *Trophées*.

Mais, tandis que dans *les Ombres d'Hellas*, il nous apparaît surtout comme un brillant continuateur, il affirme et développe sa propre personnalité dans *l'Atlantide conquise*. C'est comme une mythologie nouvelle et une histoire inconnue que nous révèlent ces sonnets éloquents, qui chantent des dieux aux noms bizarres, des héros que nous ignorons, des conquérants dont la gloire est éteinte, des races disparues, des empereurs débonnaires que des vainqueurs cruels grillèrent à petit feu, et des îles errantes, des forêts vierges, des crépuscules tropicaux, de superbes « marines » où roule l'ouragan. Tout cela est d'une richesse, d'une abondance, d'un jaillissement admirables.

Peut-être l'outil est-il moins affiné que celui du Maître ; mais peut-être, en revanche, y a-t-il, avec plus de spontanéité, la même verve pompeuse, le même chatoiement de couleurs et de rythmes. Et l'inspiration générale de cette œuvre a cette saveur vraiment *nationale*, qui ennoblit encore la plus noble poésie en

lui faisant exprimer quelque chose de plus qu'un sentiment individuel : le rêve d'un peuple ou d'une race, les souvenirs ancestraux, les espoirs qui, pour qu'ils se transmettent aux descendants, embrassent de longs avenirs. M. Léopold Diaz fouille les origines oubliées de l'antique continent dont les aventuriers modernes ont fait « le Nouveau Monde », recherche les globules du sang aborigène que peuvent charrier encore les veines de ses compatriotes, évoque ce passé si lointain et si différent dont si peu de traces ont survécu. On lira avec émotion le sonnet *A la Race morte :*

*Je dirai tes cruels tourments, ô race morte!*
*De tes tombeaux cachés j'entr'ouvrirai la porte*
*Que la rouille envahit sous les arceaux croulants.*

*Et, pour voir si quelqu'un pleure ton infortune,*
*Je ressusciterai ton spectre vacillant,*
*Et le ferai danser aux rayons de la lune.*

On remarquera aussi le saisissant dialogue de la Ruine et du Vent, si bien approprié au génie d'un pays où les temples abandonnés depuis tant de siècles ont autour d'eux de tels espaces. On verra surgir à chaque page les grandes figures des premiers conquérants ou des Incas malheureux, celles des moines farouches et des chevaliers faméliques, puis celles, plus près de nous, des « libérateurs » :

*Miranda, le croisé sans égal de la gloire*
*Bolivar, le dompteur ailé de la victoire,*
*San Martin, le héros au cœur sublime et pur.*

Ces visions, ces souvenirs, ces rêves se résoudront à la fin en un chant vibrant d'espérance, en une hymne enthousiaste à l'avenir du vieux Monde encore une fois rajeuni :

*Amérique! elle vient, cette nouvelle vie*
*Où la science et l'art t'apporteront la gloire...*

Et certes, si ce jour doit venir vraiment, si le génie s'éteint jamais dans notre Europe épuisée par ses discordes et sa trop longue fécondité pour se réfugier dans les contrées où se prépare peut-être une nouvelle floraison du « noble sang latin », M. Léopold Diaz en aura été l'un des plus vaillants précurseurs.

*

Moins épris de beauté plastique, moins frotté d'hellénisme, M. Blanco-Fombona est avant tout passionné de vie et de mouvement. Il ne veut pas que le poète s'en aille

*...chez les joailliers,*
*Chercher des rimes pour en faire des colliers,*

ou travaille ses vers avec des outils trop fins. Pour lui, « le meilleur poème est celui de la vie », et ce n'est pas « dans les chansons », c'est dans l'action qu'il faut chercher la poésie. On dirait que M. Léopold Diaz n'a pas eu d'autre maître que Hérédia, et quelquefois peut-être Leconte de Lisle. M. Blanco-Fombona, de traditions moins purement latines, se rattache, plutôt qu'aux

Parnassiens, aux romantiques, dont il rappelle parfois la grandiloquence entraînante. Peut-être aussi a-t-il étudié Henri Heine et Verlaine : car il excelle à exprimer une émotion vive et communicative en quelques vers qui font image et se gravent dans l'esprit. Quelques-uns de ces courts poèmes sont tout à fait charmants, et supportent la comparaison avec les perles qui d'ailleurs abondent dans ce genre un peu facile. Mais là encore, je crois que les quatre poèmes consacrés à Bolivar sembleront plus originaux et plus forts. Qu'on en juge par celui-ci, qui est intitulé *La Guerre sans merci :*

*L'Amérique est en croix, et les veines coupées ;*
*Éclaboussée, elle scintille de rubis ;*
*Tout est vermeil, tout est grenat, les champs, les lys,*
*Et les aigrettes d'or, et les braves épées.*

*Elle a vu, par milliers, cruellement frappés*
*Par les crocs meurtriers des sangliers maudits,*
*Tomber ses fils, dont les têtes de sang jaspées,*
*Palpitaient, ô douleur, sur d'affreux piloris.*

*Mais, ô miracle, un jour, à l'ouest sur les Andes*
*Le soleil s'est levé ! Bolivar et ses bandes*
*Franchissent triomphants les cimes dans leur vol,*

*Et l'on vit, ce jour-là, rouler dans les ravines,*
*Comme en un ouragan de vagues purpurines*
*Les têtes de huit cents prisonniers espagnols.*

Cela paraîtra plus éclatant et moins parfait que les sonnets de M. Diaz ; mais si la forme diffère, le sentiment jaillit de la même source. (*) Et peut-être est-ce par le sentiment surtout que cette poésie frappera notre attention. Nous avons aujourd'hui une curiosité très vive des pays nouveaux, de leur pensée sincère, de leur art naissant : ces poèmes nous en apportent comme un souffle inattendu. Comme ce souffle est chargé de belles sonorités, nous l'écouterons passer. Les fragments et le sonnet que j'ai cités suffiront à montrer aussi quelle part importante, dans cette révélation, revient à M. Frédéric Raisin, et quel talent il a su déployer dans sa tâche difficile. Il a adopté, pour la remplir, je ne dirai pas un vers libre, mais plutôt un vers libéré, très ductile et maniable, moins plastique à coup sûr que le vers régulier, mais qui ne choque jamais l'oreille et semble parfaitement approprié à son objet ; et il l'a traité avec un mélange, souvent réussi, de prudence et d'audace.

ÉDOUARD ROD.

(*L'Opinion.*)

(*) M. Edouard Rod juzga, sin quererlo, no el estilo del autor, sino el del traductor. Por lo demás, se advierte al europeo parco en elogios para el no europeo, comedido en opinión, no queriendo ser excesivo.

# ÍNDICE

Introducción ..... VII
De clara estirpe (de Luis Correa)..... LI

## *ANTES DE LA PRISIÓN Y DEL DESTIERRO*

### PRIMERA PARTE

#### EL CAMPO FLORIDO

Caso de antaño..... 3
La visión en el jardín y dentro del alma ..... 5
Á la novia por venir..... 8
De la mazmorra..... 10
La rama verde..... 12
La casa vacía ..... 14
Mensaje ..... 16
Endecha ..... 19
Elegía del retorno ..... 21
Invitación al amor..... 24
¿Por qué?..... 27
Mal de amores..... 29

SEGUNDA PARTE

BOLÍVAR

Juramento de Bolívar en el Aventino ..... 35
La guerra á muerte ..... 39
Bolívar en los Andes ..... 41
Bolívar y el Chimborazo ..... 43

## *CANTOS DE LA PRISIÓN*

PRIMERA PARTE

LAS COLUMNAS DEL PÓRTICO

Contemplación ..... 47
Canción y luna ..... 49
Nocturno ..... 51
En la ergástula ..... 53
La visión ..... 55
El campo ..... 57

SEGUNDA PARTE

LA FRENTE EN LAS MANOS

El madrigal de las lágrimas ..... 61
Bastaría un terno ..... 65

La gavilla ..... 68
Némesis ..... 70
El torrente ..... 71
Punto negro ..... 73
Palomita mensajera ..... 75
Impotencia ..... 77

## TERCERA PARTE

### LA CRUCIFIXIÓN

El vuelo de Psiquis ..... 81
Las alas inútiles ..... 83
La crucifixión ..... 85
Las alas inútiles ..... 87
Némesis ..... 89
La vara absurda ..... 91
Diálogo sin más ni menos ..... 93

## CUARTA PARTE

### SURSUM CORDA

La comunión de los reos ..... 97
El preso político ..... 101
El caballo del escudo ..... 103
19 de Abril de 1910 ..... 105
Sarcasmo de las estrellas ..... 113
Corazón adentro ..... 115
Nuevas ilusiones ..... 122

## QUINTA PARTE

### LAS ERINNIAS

Las Erinnias ..... 127

## *CANTOS DEL DESTIERRO*

## PRIMERA PARTE

### ALMAS ARDIENTES

Rosa ..... 139
Cura de aldea ..... 143
Visiones crepusculares ..... 148
Pascua bucólica ..... 152

## SEGUNDA PARTE

### Á LA VENTURA

Recordando ..... 157
Idilio ..... 158
La novia en la playa ..... 160
La doncella y la giraldilla ..... 161
La flecha y el canto ..... 164
Flor ..... 166
Así hablaban los profetas ..... 168

EL CASTIGO DEL ÁVILA

El castigo del Ávila..... 173

Á VENEZUELA

Á Venezuela..... 185

APÉNDICE

Rufino Blanco-Fombona y su otra poética..... 189
Poètes sud-américains..... 207

CHARTRES. — IMPRIMERIE GARNIER

PQ 8549 B5C3
Blanco-Fombona, Rufino
Cantos de la prisión y del destierro.

DEC 20 1962

PLEASE DO NOT REMOVE
SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 05 01 08 013 2